

LA TERCERA ÉPOCA
DE PUNTO DE PARTIDA

_____ ▶ Entrevista con **Marco A. Campos** 3

APOCALIPSIS

_____ ▶ **Ricardo Venegas** 7

ESCOMBROS

_____ ▶ **Gustavo Thomas** 8

LAS URRACAS

_____ ▶ **Bladimir Villegas García** 24

EL MALENTENDIDO

_____ ▶ **Martha Beatriz Bátiz Zuk** 26

LOS LUGARES

_____ ▶ **Daniel Mir Elizondo** 32

ALTAVOZ

Encuesta _____ ▶ 33

VERSIÓN SACRÍLEGA

_____ ▶ **Miguel Ángel Calderón Téllez** 36

MULTIFAX ÉTICO

_____ ▶ **Roberto García Bonilla** 37

CONCURSO DE LA DGIRE

EL ORIGEN DEL
GÉNERO BARROCO

_____ ▶ **Ínigo Ahedo Rosada** 38

LAS NOCHES DE SOLEDAD

_____ ▶ **Jorge Jara Morales** 46

LILA O EL OTOÑO

_____ ▶ **Rodrigo Pérez Sansores** 52

BRÚJULA

Danza, Cursos,
Libros y más... _____ ▶ 61

Presentación

Les deseamos un año saludable.

La poesía y la prosa, los diálogos teatrales y la opinión de los estudiantes respecto a Latinoamérica: tal es nuestra bienvenida al ciclo que comienza.

El dibujo y la lengua tratan de reunirse en estas planas, elaboradas a partir de los mejores textos y viñetas que hemos recibido.

Publicamos asimismo en este número los trabajos ganadores del concurso "Con tu pluma: cuento, ensayo, poesía y diseño", convocado el año pasado por la Dirección General de Incorporación y Revalidación de Estudios. Los concursantes fueron alumnos del Sistema Incorporado de la UNAM.

Iniciamos 1998 con un caudal de imágenes, emociones y palabras. Los invitamos a transitar por ellas, por el camino de la imaginación. Esperamos que estas páginas encuentren lectores, compañeros en nuestra labor de propagar letras ☉

Punto de partida

La revista de los
estudiantes universitarios
Nueva época Revista bimestral
No. 106 enero-febrero 1998



Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinador de Difusión Cultural:

Gonzalo Celorio

Director de Literatura:

Ignacio Solares

Punto de partida

Director: Morelos Torres

Redacción: Julieta Lozano

Andrés Acosta

Concepto Creativo:

Juana Carlos Micete

Verónica Meré Sagaón

Arte Digital: Josefina Hernández

Editorial: DISEM, S. A. de C. V.

Dirección de Literatura

Coordinación de Difusión Cultural, UNAM

Correspondencia, colaboraciones:

Edificio C tercer piso, Zona Administrativa

Exterior, Ciudad Universitaria

CP 04510 México D. F.

Tel. 622-6245 622-6246

E-mail: morelos@servidor.unam.mx

Portada e Ilustraciones:

Jesús Portillo

Impreso en México

Impreso en los talleres de Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V. Canarias 103, México D.F., 03300. Publicación bimestral Tiraje: 5000 ejemplares ISSN: 0188-381X Certificado de licitud de título 5851 Certificado de licitud de contenido 4524. Distribuidora: Publicaciones CITEM, S.A. de C.V., Av. Taxqueña 1798 México D.F. 04250.

La tercera época de *Punto de partida* (1980-1986)



Entrevista con **Marco Antonio Campos**



La tercera época de la revista Punto de partida fue dirigida por el maestro Marco Antonio Campos. Se caracterizó por una gran diversidad de las actividades de la revista, la cual creció y dio origen a la actual Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural.

Paradójicamente, las dificultades que encontró la publicación para salir a la luz se tradujeron en nuevas ideas que contribuyeron al desarrollo de un proyecto editorial.

Conversamos en este número con Marco Antonio Campos, quien recuerda en primer lugar cómo se acercó a Punto de partida.

Yo pertenezco a lo que algunos denominaron "la generación de *Punto de partida*". Llegué por primera vez a los talleres de la revista en 1969, cuando Margo Glantz ya tenía dos años como directora, tanto de la revista como de los talleres. Estos fueron muy importantes, porque a

partir de ellos se comenzó a sistematizar un modelo que luego se extendió por todas partes. Llegué al taller que coordinaba Juan Bañuelos. La gran mayoría de los que estábamos allí comenzamos a publicar en *Punto de partida*. Ése es mi caso: mi primer poema lo publiqué aquí. Recuerdo que cuando vi mi poema publicado, lo leía y releía. No podía creer que lo tuviera impreso en letras de molde. Mis primeras colaboraciones siempre fueron en *Punto de*

► 3



partida. Nosotros decíamos que nuestra generación iba a ser recordada no por una revista que fundamos, sino por la revista que nos fundó. Desgraciadamente, muchos de los que asistieron a aquel taller se fueron perdiendo. Otros han perdurado.

Haber formado y reunido nuevos escritores es algo de lo que se puede sentir orgullosa la Universidad

¿Recuerdas a algunos autores de esta generación?

Los más conocidos de la generación anterior eran Manuel Capetillo, Agustín Monsreal y Fernando del Moral. De mi generación recuerdo a Orlando Guillén, Livio Ramírez, que era hondureño, Gloria Gervitz, Luis de Tavira, Francisco Segovia. Llegaban David Huerta y Mariano Flores Castro. También se acercaban Elva Macías y Elsa Cross. De la siguiente generación recuerdo a José María Espinasa, Eduardo Hurtado, Antonio Delatoro, Efraín Bartolomé. Bartolomé es un producto claro de *Punto de partida*.

Juan Villoro, por ejemplo, tenía diecisiete años cuando llegó a la revista. Es otra creación neta de *Punto de partida*. También se acercaron jóvenes Chimal y Jaime Avilés, entre muchos otros.

Durante la segunda época de la revista, dirigida por Eugenia Revueltas, trabajaste como jefe de redacción. ¿Qué nos puedes decir de ese período?

La maestra siempre fue extremadamente amable, pero tuve con ella en un principio una relación muy lejana. Le llevaba mis textos, y ella me

trataba muy bien. Eso era todo. Pero hubo una circunstancia que nos acercó mucho, y que fue la idea de hacer libros. Desde que Margo Glantz fundó la revista, existía el proyecto de hacer los libros colectivos de *Punto de partida*. Todos los intentos fracasaron por diversos motivos. Era un proyecto muy importante.

Hacia 1971 varios escritores jóvenes del taller de Bañuelos armamos un libro colectivo, el primero que se publicaría propiciado por la revista. Por cierto, en el taller hubo una discusión feroz, pues sólo podían participar cuatro autores. Finalmente fuimos seleccionados Orlando Guillén, Juan José Oliver, Emilio Ramírez y yo. Durante 1971 y 1972 llevaba yo a los periódicos una selección de nuestros textos anunciando la salida del libro. *Diorama de la cultura*, de *Excelsior*, y la *Revista de la Universidad* publicaron adelantos, por ejemplo. Esto le causó simpatía a la maestra Revueltas: que fuera yo una persona



entusiasta. Entonces me nombró jefe de redacción. Lo fui durante más de siete años, hasta 1980. En 1981 tomé la jefatura del Departamento. Éste había cambiado de nombre en 1975: de Revista *Punto de partida* a Departamento de talleres, conferencias y publicaciones estudiantiles. Era durante la gestión de Diego Valadez, que quería mucho a la maestra Revueltas.

En aquel entonces la revista se hacía en la Imprenta Universitaria y se distribuía con gran dificultad. Incluso en algún tiempo la llamamos "Punto muerto". Porque el área de Difusión Cultural no tenía recursos. Para el proyecto de los libros fue importante Juan Bañuelos, pero sobre todo Miguel Donoso Pareja, que dirigía el taller de cuento.

Así pudieron hacerse uno o dos libros al año...

Así es. Los libros colectivos han sido para mí lo más importante de *Punto de partida*. A fines de los años sesenta y principios de los setenta la publicación fue muy importante, porque no había revistas para jóvenes. Pero a mediados de los setenta hubo una explosión increíble de revistas. Por eso pensé que era mucho mejor apoyar el proyecto de los libros. Además, los escritores no querían colaborar porque la revista se atrasaba en la imprenta hasta un año o más. Cuando entró a Difusión Cultural Fernando Curiel en 1980, me mandó llamar para que me hiciera cargo del Departamento. Lo que hice fue apoyar la revista mucho menos. Se decidió entonces publicar sólo los premios del concurso anual. Pero en cuanto al proyecto completo, podemos decir que entre 1973 y 1988, año en que me voy, publicamos hasta a tres generaciones de escritores universitarios.

¿Cuántos libros se editaron a partir del proyecto Punto de partida?

Entre ochenta y noventa, aunque no recuerdo el dato exacto.

¿Qué nos puedes decir de los Cuadernos de taller?



La maestra Revueltas, una de las personas más nobles y generosas que he conocido, creó estos cuadernillos de taller y seminario con el fin de canalizar todo lo que estaba paralizado en la revista. Se publicaban incluso libros de un solo autor: temas de arquitectura, de medicina, antologías de poesía nicaragüense, etc. Era un poco lo que los franceses llaman *potpourri*. Deben haber salido más de treinta números, que suspendí cuando pensé que ya habían cumplido su cometido.

Por otra parte, no era lo mismo la difusión cultural un tanto casera que se hacía hasta los años setenta en el décimo piso de la torre de Rectoría, que el magno espacio que ahora tiene, así como los mayores recursos. Yo tuve el privilegio de que todos los directores de Difusión Cultural hicieron crecer siempre a la revista y sus planes: se creó el Departamento, se hicieron más publicaciones, más talleres, más encuentros.

La revista tuvo un perfil interdisciplinario en los años setenta. En los ochenta se especializó más en el área literaria. ¿Cómo ocurrió ese proceso?

Cada rector tiene su propia visión general de la universidad. Y los proyectos culturales se adecuan a esta visión. Durante los años setenta, la idea era crecer hacia el exterior, relacionarse, vincularse. Así ocurrió con el rector Soberón, por ejemplo: no sólo había que publicar a los jóvenes escritores, sino también a los científicos. En los ochenta varió esta tendencia.



¿Quiénes leían la revista? ¿Los estudiantes?

Tengo la impresión de que la revista creció más allá de los estudiantes: era muy importante para muchos escritores jóvenes. Era leída en la ciudad, y posteriormente en algunas zonas del interior. Con los encuentros literarios, fuimos conociendo a muchos escritores en el país. Para ello era muy importante la publicación de libros.

Podemos decir que fue una época de diversificación para Punto de

partida: se hizo múltiple su cometido, pues no sólo era una revista, sino que generaba encuentros, libros, talleres.

Sí. A partir de ahí creció y se fortaleció la actual Dirección de Literatura. Por otra parte, el proyecto de *Punto de partida* se realizó con independencia respecto a la Unidad Editorial, por ejemplo. Hubo siempre mucho respeto hacia nosotros.

¿Qué nos dices del concurso de la revista, que ha llegado ya a su trigésima edición?

Tuvo mucho prestigio hasta los años ochenta. Pero surgieron numerosos concursos organizados por el INBA, con mayores montos en sus premios, que robaron la atención de los escritores. Tal vez haya que elevar ahora el monto en el concurso en *Punto de partida*. Sin embargo, es loable que persista.

¿Qué dificultades enfrentó la revista en los ochenta?

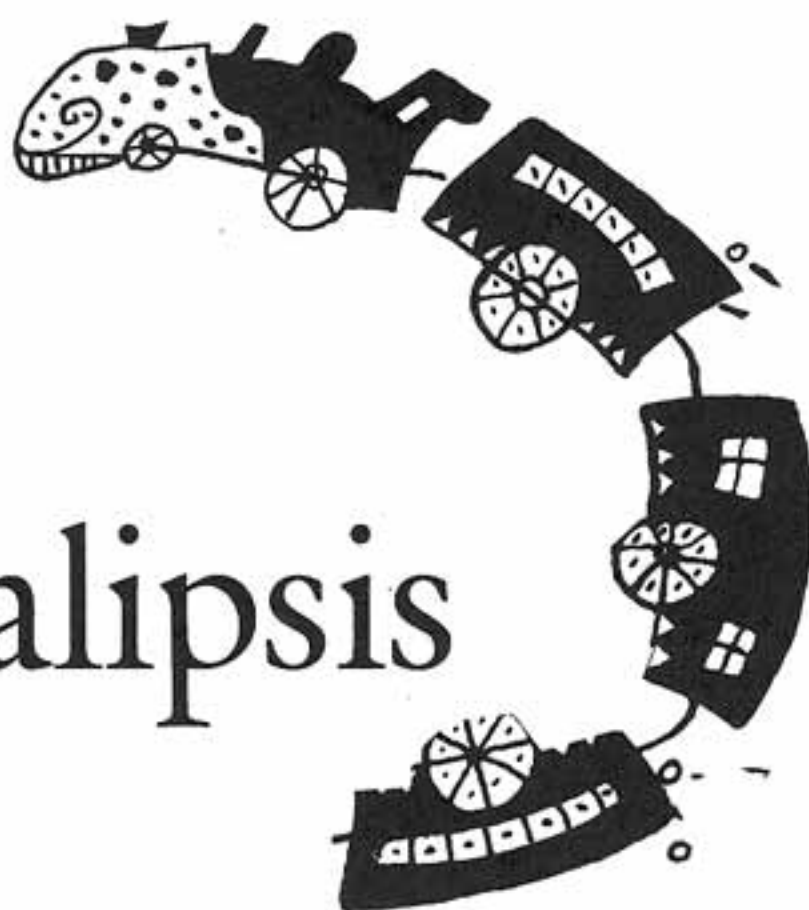
En primer lugar la impresión, que llegaba a tardar más de un año. Y en segundo lugar la distribución, que era difícil. Además, el costo de la revista. Por estas razones yo prefería publicar libros.

¿Cuál crees que fue la labor más importante de la revista durante el tiempo en que trabajaste en ella?

Creo que *Punto de partida* es la clave para entender el surgimiento de varias generaciones de escritores. Fueron más de trescientos autores en el tiempo en que trabajé. Y lo que más me enorgullece de ese lapso es que durante los años setenta y ochenta *Punto de partida* ocupó el espacio que ahora tiene Tierra Adentro. Es decir, los autores del interior eran publicados con lentitud por Tierra Adentro. En cambio nosotros con los libros colectivos cubrimos el norte, el centro y el sureste, por ejemplo.

Haber formado y reunido nuevos escritores es algo de lo que se puede sentir orgullosa la Universidad. Y creo haber puesto un grano de arena para eso

Apocalipsis



Ricardo **Venegas**

Facultad de Filosofía y Letras

El horizonte es la batalla
de los ojos,
ejércitos de luz
verán al viento
al final de la nube;
cuánta razón tenía el nazareno,
su reino y el amor
no son de este mundo.



Escombros

Gustavo Thomas

Facultad de Filosofía y Letras

A Araceli, muerta a consecuencia del terremoto de 1985.

A Andrea y Antonio, grandes amigos.

El terremoto de 1985 en la ciudad de México aún sacude nuestra memoria y nuestra conciencia. Más allá de la tragedia, Gustavo Thomas nos presenta en esta obra de teatro la realidad, o tal vez la irrealidad profundamente humana de aquellos tiempos aciagos.

Personajes:

Joven
Mujer
Portero

Catrín
Adolescentes (2)
Rescatista

Escena:

En cualquier parte de la Ciudad de México. Entre el 19 y 20 de septiembre de 1985. La obra sucede varios metros bajo tierra, dentro de un boquete lleno de escombros que da hacia el público.

I

De entre la oscuridad sobresalen, poco a poco, diminutos cilindros de luz que dan la sensación de que en la superficie la mañana está en su apogeo; estos pequeños boquetes iluminan el escenario. Se escuchan sirenas que vienen de lejos, pasan cerca del lugar y se

alejan; también se oyen algunas voces alteradas. Algo cae y provoca un ruido sorpresivo. Silencio. La luz desciende hasta hacer un oscuro total.

II

Una luz casi imperceptible entra nuevamente por los boquetes; es de noche afuera. El silencio que reina en la escena es aquel que se tiene cuando se está varios metros bajo tierra, un sonido sordo, tal vez. Los escombros que se percibieron en la acción anterior se clarifican como sombras más concretas: es un gran edificio derruido por un terremoto; la llegada a él si se desea es imposible, sólo puede observarse



de lejos lo que sucede allí. Hay polvo aún por varias partes.

En uno de los montículos, se oyen ruidos espaciados, poseen un ritmo cada vez más rápido y con cierta ansiedad, culminan con el asomo de la cabeza y la parte superior del tronco de un joven como cualquier otro habitante de la Ciudad de México; está lleno de tierra y algo golpeado de la cara; respira con dificultad y no abre los párpados sino hasta que su respiración se ha normalizado. Mueve los ojos de un lado a otro y cuando vuelve su mirada al centro, se detiene y escupe un chorro de sangre.

JOVEN: ¡Uafdj!

Trata de moverse y en el intento tira una grabadora que por el golpe de la caída se enciende; se escucha "La muñeca fea", de Cri-Cri. La grabadora se detiene por falta de energía. Pausa.

JOVEN: ...¿Qué pasó?... ¡Mi cabeza!, ¡cómo me duele!..

Intenta salir del montículo, no lo consigue.

JOVEN: ¿Qué pasa?

Vuelve a intentarlo.

JOVEN: ¡En la madre!

Pausa.

JOVEN: A-auxilio, ¿así se dice?... ¿Hay alguien por ahí?... ¿Alguien me escucha?... Estoy atorado, no puedo salir de aquí... ¿Me escuchan?... ¡Estoy atoradooo! ¡Ayúdenme! ¡Auxilio!.. ¡Ayudaaa!..

VOZ de MUJER: ...Cáallesee...

JOVEN: ¡Eh! ¿Quién es?

VOZ de MUJER: ¿No oyeee?... Cáallesee...

JOVEN: ¿Quién...?

VOZ de MUJER: ¡Shhhst!

De entre los escombros, surge la mujer, que se levanta como lo haría un vampiro de un ataúd; tiene unos cuarenta años, es gorda y de aspecto común; su cara está morada, como la de un asfixiado. No le podemos ver las piernas. Siempre que esté ella, a su alrededor se percibirá una atmósfera muy melancólica.

MUJER: Trate de no molestarme, por favor.

JOVEN: No creí hacerlo, disculpe.

MUJER: Pues lo hacía... Estaba tan lejos, tratando de descansar, y usted con sus gritos me ha regresado.

JOVEN: Yo gritaba porque...

MUJER: Qué me importa a mí el por qué lo hacía. Sólo sé que me impedía descansar.

JOVEN: Necesito a alguien que me ayude a salir de aquí.

MUJER: ¿Sí?... Pues búsquelo, pero sin gritos.

JOVEN: ¿Usted no podría...?

MUJER: No,... no.

JOVEN: Así se acabarían los gritos.

MUJER: ¿No entiende? Me pide lo imposible; yo no puedo hacerlo.

JOVEN: Pero si está a un paso de mí. Acérquese y ayúdeme a salir, por favor.

MUJER: Sea amable y déjeme continuar.

JOVEN: Es que no entiendo; ¿por qué no puede?... ¿qué va a continuar?

MUJER: No hay por qué explicar nada... ¡Estoy más atorada que usted! Debo volver al lugar de mis recuerdos, al lugar de donde usted me trajo.

JOVEN: Perdóneme, pero cada palabra que dice me confunde y me estoy desesperando.

MUJER: No lo haga, es mejor que no lo haga... Quédese ahí esperando y yo acá recordando.

Pausa.

JOVEN: ¿De dónde salió usted?

MUJER: De los escombros.

JOVEN: ¿La conozco?

MUJER: Soy su vecina, del 303,... Sí, a pesar de todo sigo siendo la misma.

JOVEN: Es cierto. La de las piedritas en la ventana cada vez que le subo al radio.

MUJER: Me molestaba mucho; era la única manera en que lograba que le bajara al volumen. No siento gusto al saber que me recuerda así...

JOVEN: No se preocupe... Mire, sin ser tanta molestia...

MUJER: Pero, ¡qué terco! Ya le dije que no me pida imposibles. Yo también me siento en un hoyo y estaré en él quién sabe por cuánto tiempo más.

JOVEN: Sólo le estoy pidiendo un poco de ayuda. ¿Es algo tan difícil?

MUJER: No puedo dársela, no debo... ¿Quién me la dio a mí?... ¿No comprende que soy una mujer sola e indefensa? ¡No puedo ayudarlo!... Ahora no.

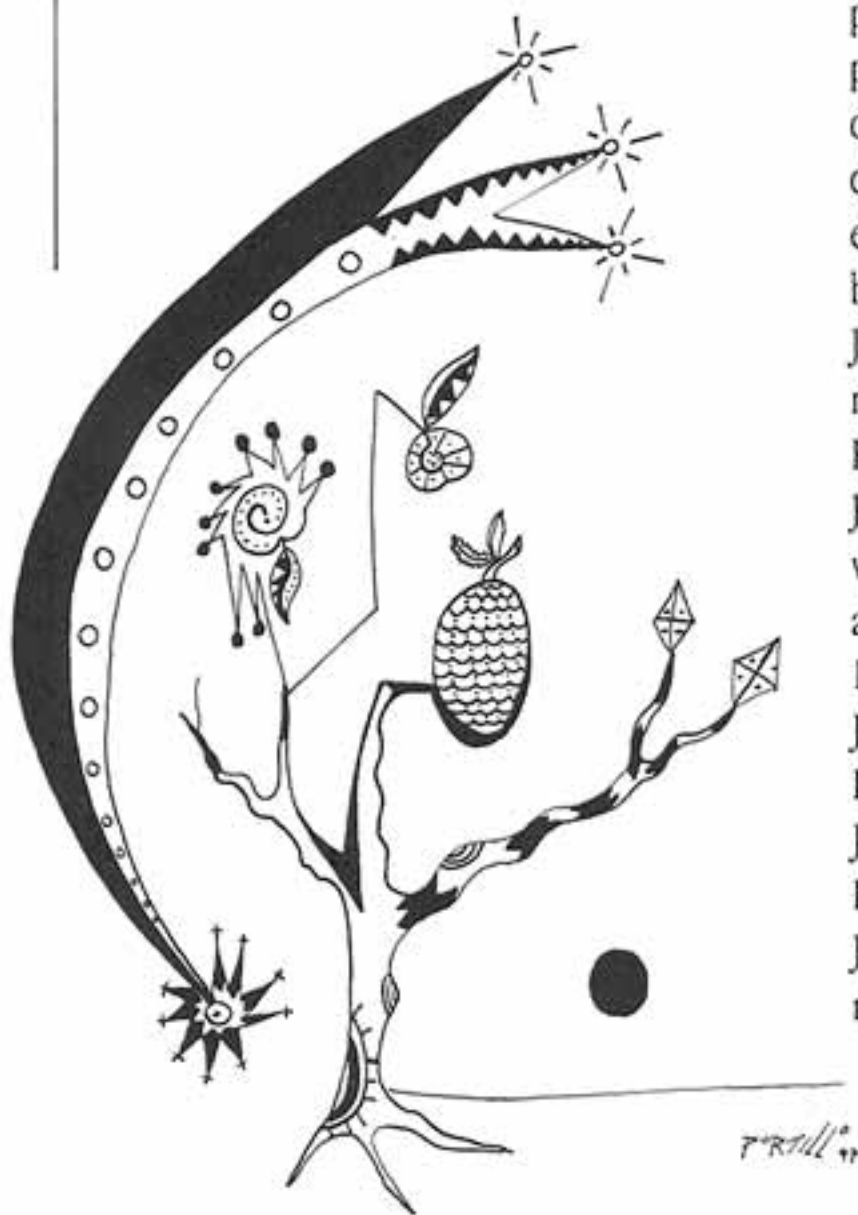
JOVEN: ¿Sería capaz de dejarme aquí, atrapado?

MUJER: Tengo que volver... Disculpe. *La mujer se va acostando lentamente hasta desaparecer; mientras baja, su voz se va apagando, haciéndose cada vez más lejana.*

MUJER: ¿Es tanto pecado una decisión?... Recordar, recordar el porqué... Yo trabajaba en una oficina, era una secretaria muy importante, ¡no es cierto!... Era una taquillera, ¡no!... En mis horas libres tejía, ¡eso sí!, tejía mucho, y todo lo hacía pensando en aquel muchachito... que nunca tuve...

JOVEN: ¡Señora, señora! Tiene usted que ayudarme. No sé lo que me pasó. ¡Por favor!... ¿No me está oyendo? No hay nadie que me oiga?

Un objeto es lanzado directo al joven, desde afuera del escenario.



Voz de hombre: ¡Nooo!... ¿Qué no oyó a la seño?, ¡cállese!

Se acerca al joven un hombre de unos cuarenta años, moreno; se percibe de inmediato que, aunque llevase veinte años viviendo en ciudad, tendrá siempre una atmósfera provinciana y campirana alrededor de su cuerpo; lleva una lámpara de aceite, gracias a ello la escena es más clara, pero a su vez, nos presenta con más crudeza el montón de escombros y su emanación de muerte; alrededor de su cuerpo, cada personaje tiene un buen grupo de moscas que deben hacerse presentes para el público. El hombre es el portero del edificio destruido, tiene la cara muy lastimada, con una herida que va de la mejilla hasta la coronilla; su ropa está rasgada y sucia.

PORTERO: ¿A poco sí le pegué muy fuerte?

JOVEN: No, no hay problema. Espero que haya sido un accidente.

PORTERO: ¡Qué accidente! Si no vi mejor manera de callarlo.

JOVEN: Entonces, qué poca madre tuvo.

PORTERO: ¡Uy! ¿Así está la cosa? No se me ponga así. A veces se me pasa la mano, pero no lo hago para lastimar. Yo sólo quería que se callara. Ya se está haciendo de noche y los ruidos molestan más entre más pasan las horas... Es mi trabajo, ¡hombre!

JOVEN: ¡Tenía que ser usted! No lo reconocía.

PORTERO: Pues no me he muerto.

JOVEN: No, ya lo veo. Acérquese, por favor, necesito que me ayude a salir de aquí.

PORTERO: Cómo no.

JOVEN: Oiga, ¿qué le pasó?

PORTERO: A mí, nada, dónde.

JOVEN: En su cara.

PORTERO: ¡Ay, güey! Pus no lo sé.

JOVEN: ¿Cómo que no lo sabe? Si esa herida es tremenda. A ver, acérquese más, que no le veo bien. No alcanzo... Primero, sáqueme de aquí y después lo revisamos mejor.

PORTERO: ¿Y a usted qué le pasó? ¿Por qué anda ahí metido?

JOVEN: No lo sé, si lo supiera estaría más tranquilo. Va a empujar a la tres, ¿entiende?

PORTERO: Sí. Usted salte como queriendo salir. A las tres: una, dos, itres!

JOVEN: ¡Más fuerte!

PORTERO: ¡Salte!

JOVEN: ¡No!, me estoy lastimando. Suélteme.

PORTERO: No, de este pinche hoyo no sale jalándolo. Está pero bien atorado.

JOVEN: Me estaba lastimando; no sé qué tengo abajo o en dónde estoy que...

PORTERO: Habrá que pensar en algo.

JOVEN: ¡Claro!

PORTERO: Déjeme pensar... Oiga, de veras que está cabrona esta herida. ¿No habrá sido cuando ayudé a subir sus tili-ches a las del 505? Pero, ¿cómo?, si no me caí... Pos ya qué, ¿no? Si no me acuerdo de nada es que ni me pasó nada, seguro, pura ilusión...

JOVEN: ¡Cómo va a ser ilusión!... ¿No me va a ayudar?

PORTERO: Sí, cómo no. Nada más que íbamos a ver de qué otra manera lo sacábamos.

JOVEN: Está muy raro todo esto, ¿verdad?

PORTERO: ¿Ya no siente las piernas?

JOVEN: Pues lo que me dolió fue el tronco; es cierto, no me había dado cuenta.

PORTERO: ¿De qué?

JOVEN: Que no siento las piernas.

PORTERO: ¡Eso quiere decir que algo las aplasta!... Vamos a ver. Y algo bien pesado, porque no puede salir con jalones... Una vez el hijo de la del 104 se quedó atorado en el tanque de agua que está allá arriba, ¡el güey quería nadar en el tinaco!

JOVEN: ¿Y qué hicieron?

PORTERO: Sacamos el agua y bajamos a desatorarlo. ¡Eso mismito haremos con usted! Echamos pa'fuera las piedras que están ahí a su lado y ya después vemos cómo sacarlo sin que le duela nada.

JOVEN: Hagámoslo. Quite usted las de enfrente y yo las que están aquí a mi lado.

PORTERO: ¡Cómo no!, si estoy para servir... ¿Sabe que siempre llego tarde a los accidentes? Casi nunca puedo evitarlos.

JOVEN: No es fácil.

PORTERO: Ahora por ejemplo: si usted vive en el quinto piso y 'orita aparece aquí la entrada, ¿por qué no me di cuenta cuando se cayó?

JOVEN: ¿Estamos en el edificio?

PORTERO: Quitándole piedras de encima.

JOVEN: No es posible.

PORTERO: ¿A poco no es raro? Fíjese: me quedé dormido y cuando desperté, no sabía ni dónde andaba; todo estaba al revés, lleno de polvo y piedras; de repente oigo las quejas de la molona del 303 y para no seguirla oyendo, porque me regaña siempre bien groseramente, que le aviento lo primero que encuentro a usted, pa'que se calle; luego, vengo y lo veo aquí atorado; luego, la cortada que dice que tengo; luego, todas estas piedras y cosas de la casa; pus no quiero pensar mucho,...

JOVEN: Yo tampoco.

PORTERO: ¡Ah, jijos! ¡Virgen santísima!... Pues, ¿sabe?, yo creo que, este..., mejor le volvemos a poner las piedras y buscamos otra manera de sacarlo, por aquí no se puede...

JOVEN: ¡Oiga, no!, ¿qué hace?

PORTERO: Mejor quédese así, y todos contentos.

JOVEN: ¡Espérese!, ¿no me oye?

PORTERO: Le digo que me haga caso; tenemos que llenarlo otra vez.

JOVEN: Estése quieto, por favor. ¡Que se espere le digo! ¡Hágase a un lado!

PORTERO: Ora, ¿por qué me empuja? Sólo trato de ayudarlo.

JOVEN: ¡Ayudarme! ¡Es absurdo! ¿Por qué volvió a poner las piedras? No ve que quiero salir de aquí.

PORTERO: Yo, yo...

JOVEN: Ande, dígalo, ¿qué vio? ¿Hay algo muy pesado sobre ellas?... ¿Están desangrándose?

PORTERO: Mejor ni me pregunte.

JOVEN: Lo que sea, dígalo.

PORTERO: Yo ni quería... Es que vi...

JOVEN: ¿Qué?

PORTERO: Mejor dicho, yo no vi... Luego no vaya a decirme que soy un cruel. Joven, usted, usted este,... ya ni piernas tiene, joven.

JOVEN: ¿Qué dice?

PORTERO: Que quité las piedras y nomás se le veía la mitá; bueno, nomás ahí donde empiezan, después un tubo y luego, ¡pus nada!

JOVEN: ¿Está usted loco?

PORTERO: ¡Pa'saberlo! Lo que sé es que vi, mejor dicho, no vi nada.

JOVEN: No es posible, si no me duele nada; sólo cuando usted me jaló, pero era en el tronco.

PORTERO: ¿Qué quiere que yo haga?

JOVEN: No le creo; y le demostraré que son alucinaciones tuyas. Exactamente como dice que es su cortada y a lo mejor todo este desmadre. Todo es un poco extraño, pero no significa que... Mire, todo esto aprisiona y hace que se me duerman las piernas; los volvemos a quitar y me verá libre de nuevo; verá que siguen en el lugar que deben de estar; no pueden... haber desaparecido... ¡Dios! ¿Dónde están?... ¡Ayúdeme a quitar este tubo!

PORTERO: ¿Y si se desangra? Déjelo así, no se me vaya a morir.

JOVEN: ¿Qué ha pasado con mis piernas? ¡Tiene que ayudarme!

PORTERO: ¡Que no puedo ahorita! No vaya a salir peor. Voy a llamar una ambulancia, ¡es mejor!

El joven cae desmayado.

PORTERO: ¿Y 'ora qué hago? Levántese, joven, tal vez y nos equivocamos... No nos equivocamos; pero qué le vamos a hacer; no debe ser tan feo, ¿no cree?... Resígnese. Ya se acostumbrará, ya verá. Cuánta gente no habrá pasado por algo así. ¡Despiértese, joven! Acuértese de que no está solito en el mundo. Mire, hago una coperacha entre todos los vecinos y le compramos un carrito. ¿No se va a levantar?

Aparece el CATRÍN: *es un hombre alto, apuesto y va vestido con un elegante*

y sucio frac; su cara está golpeada pero aún así guarda cierta estética con su figura.

CATRÍN: No lo creo, acaba de sufrir un desmayo.

PORTERO: ¡Eh! Sí, claro, eso ya lo sé; ni que fuera menso.

CATRÍN: Como lo preguntaba usted, pensé que no se había dado cuenta.

PORTERO: Me puse nervioso, y ya ve cómo es uno en estas cosas. ¡Sabe?, el joven perdió las patas.

CATRÍN: Sí, lo sabía. A eso precisamente respondió su desmayo.

PORTERO: ¿Lo sabía? ¿Ya lo había visto? ¿Y no le había ayudado?

CATRÍN: Más tranquilo, amigo... Mire... Olvide la situación por un momento.

PORTERO: No, ¿cómo voy a olvidarlo? Si el joven está aquí, tirado.

CATRÍN: Es muy normal; no todos los días pierde uno las piernas, la casa y sus bienes.

Pausa.

PORTERO: ¿Ya se murió?

CATRÍN: ¿Usted qué cree?

PORTERO: Yo no creo nada... Ojalá y no. Oiga, no se burle; no sea así; esto es una desgracia. ¿Quién es usted? No lo conozco.

CATRÍN: ¿No me recuerda?

PORTERO: Pa'saberlo. Cada día viene un chingo de personas, que para dar un recado, que para visitar a quien sabe quién, que para vender no sé que cosa.

CATRÍN: ¡Trajes! ¡Maravillosos vestidos de colección! Usted puede hacerse rico comprando al mayoreo y vendiendo a sus amistades y familiares... ¿Ya me recuerda?

PORTERO: ...la mera verdad, no.

CATRÍN: Bien, no importa.

PORTERO: ¿Sabe lo que pasó por acá?

CATRÍN: Para eso estoy con usted.

PORTERO: ¿Qué fue?

CATRÍN: Una desgracia o acaso un afortunado acontecimiento... Me importaría más explicarle su condición. Parece que el tiempo está medido y tenemos que apresurarnos.

PORTERO: ¿Para qué? ¡No ve que no entiendo nada!

CATRÍN: Si es tan amable de tocarse su herida.

PORTERO: ¿Cuál?

CATRÍN: La de su cara.

PORTERO: ¡Ah, es cierto! El joven fue el que se dio cuenta pero yo no me acuerdo de haberme pegado... ¿Sabe usted qué fue lo que me cortó?

CATRÍN: Sí, claro: le cayó medio edificio encima; suerte tiene de no estar deshecho, como todos los demás.

PORTERO: Medio edificio... ¡No me diga!

CATRÍN: ¿No me cree? Mire a su alrededor, esto no fue una fiesta... Bien, no importa. Platiquemos ahora sobre lo que me trajo aquí.

PORTERO: Soy todo orejas.

CATRÍN: Una sola, la otra se le cayó con el golpecito.

Pausa.

CATRÍN: Caí aquí precisamente por la obligación de llevar conmigo a aquellos individuos que se encontraran en el mismo estado que yo.

PORTERO: ¿En qué estado?

La mujer se levanta, lentamente, como en la escena anterior, hasta quedar sentada; sólo mira a los hombres; llora.

CATRÍN: Como de moribundos, como de peregrinos que vagan errantes... Almas en pena, para que me entienda.

PORTERO: Pus no le entiendo. Aquí nomás estamos el joven y yo, y la verdad, no he visto un alma en pena por aquí.

CATRÍN: Vine por ustedes tres; lástima que la señora sea un caso tan especial.

PORTERO: ¡Caray! Ora sí que la amolamos. Viene usted a decirme que busca almas en pena para llevarlas a quién sabe dónde, y que yo soy una de esas cosas... ¿Y yo estoy muerto, no?

CATRÍN: Prácticamente.

PORTERO: Y vamos para allá...

CATRÍN: Podría elucubrar y deducir aventuras maravillosas sobre nuestro nuevo

estado, sin embargo no tengo la plena seguridad de nada más de lo que ahora se me ha encomendado.

PORTERO: Pues no le creo, ¿cómo ve?

CATRÍN: Si seguimos perdiendo el tiempo... ¡Está usted muerto! o si lo prefiere, a punto de estarlo, inevitablemente



muerto! Así, que entre más rápido lo acepte más fácil será su salida de esta porquería que le ha tocado de vida.

Pausa.

PORTERO: Ya me dio miedo. Si yo me siento rebién.

CATRÍN: Su cortada no es maquillaje teatral, y si no siente dolor es porque ya sobrepasó la etapa.

PORTERO: ¿Así nomás? Sin nadie a mi lado... ¿Y si es verdad?...

El portero sale corriendo. El catrín sonríe complacido. La mujer continúa llorando. El catrín mira a la mujer y ésta como respondiendo a una orden, vuelve lentamente a acostarse, llorando. Pausa. El catrín prende un cigarro y fuma; levanta una silla de entre los escombros y la lleva cerca del joven; se sienta.

CATRÍN: Sólo me queda esperar a éste y acabamos.

Mira al público, sonríe; apaga el cigarrillo en la palma de su mano; sopla a la lámpara que dejó el portero y toda la escena se oscurece.



III

Ante una luz más tenue, la madrugada de la superficie está llena de sonidos de sirenas y gente; se perciben algunos colores de la luz artificial de las ambulancias y las patrullas de la policía que pasan por el lugar: todo es un correr y pasa. La silueta del joven comienza a dar señas de movimiento; despierta de su desmayo. El catrín enciende la lámpara.

CATRÍN: Las dos y todo sereno.

JOVEN: ¡Eh!

El joven manotea.

CATRÍN: ¿No me digas que te molestan?

JOVEN: ¿Y usted?... ¿En dónde está el portero?

CATRÍN: Por ahí anda, no te preocupes.

JOVEN: ¿Qué pasó con él?

CATRÍN: Medita un poco sobre su nueva condición...

JOVEN: Mis piernas...

CATRÍN: Es triste.

JOVEN: ¿Me va a ayudar?

CATRÍN: ¡Por supuesto!, pero no de la manera que tú supones.

JOVEN: Entonces.

CATRÍN: Vengo a hablar contigo.

JOVEN: ¡Por favor!, primero ayúdeme a salir de aquí y después podremos hablar todo lo que usted quiera.

CATRÍN: Me temo que es imposible.

JOVEN: No entiendo, nadie puede ayudarme. Hace no sé cuánto tiempo apareció una vecina y no quiso hacer nada por mí, no me extraña, es una vieja que siempre ha sido huraña y egoísta, pero después viene el portero y nada más ve lo que me pasó, no quiere hacer tampoco nada, ¡y ahora usted!

CATRÍN: Respondemos a nuestra obligación.

JOVEN: ¿Sabe usted qué pasó aquí?, ¿por qué estoy atrapado?

CATRÍN: Sí, sé algunas cosas.

JOVEN: Dígalo, y si después de platicar quiere ayudarme, se lo agradeceré.

CATRÍN: Diré sólo lo necesario; en cuanto a ayudarte a salir de ahí, dependerá de ti.

JOVEN: Tengo sed.

CATRÍN: ¿Cómo?

JOVEN: Tengo sed.

CATRÍN: Es extraño, no deberías tenerla...

JOVEN: ¿No?, pues la tengo, la tengo, ¿por qué no debería tenerla?

CATRÍN: Hay muchas cosas que deberán olvidarse.

JOVEN: ¿Qué debo olvidar?

CATRÍN: ¡Calma! A eso voy... Cierra los ojos... Un momento, por favor... Trata de recordar.

JOVEN: ¿Recordar?

CATRÍN: Sí, alguna vez viviste lo que te voy a contar.

Pausa.

CATRÍN: Son las siete y diez de la mañana del diecinueve de septiembre de mil novecientos ochenta y cinco, ayer. Estás dormido sobre tu cama, saliendo del último sueño; una hora en que tu ciudad ya ha despertado y bulliciosa trabaja incansablemente... Tienes que

levantarte en menos de cinco minutos para comenzar un día más de tu vida rutinaria. Piensas en algo tuyo; tus preocupaciones te agobian sin siquiera haberte puesto de pie: ese maldito informe que te pidió el jefe hace tiempo y tú no has podido entregar; el ascenso que buscaste como perro y que tienes la seguridad de que se lo darán a la atractiva muchachita que llegó hace apenas un mes a la oficina, pero que sabe coquetearle muy bien al director; ¡ah, el dinero!, no te alcanzará para acabar la quincena, y habrá que pedir prestado otra vez; insistes en vivir en un departamento que está fuera de tus posibilidades, pero que te niegas a dejar por no caer como tantos otros de tus conocidos que por la crisis han cambiado de casa a barriadas que te avergonzarías siquiera de pisar; ¡mmmm! Chelito está enojada, ya le fueron con el chisme que hace unos días saliste con otra mujer y dormiste fuera de casa, pero tú no tienes la culpa, porque en seis largos años de noviazgo, Chelito sólo te ha permitido tocarle ligeramente algunos lugares prohibidos y ¡claro!, tienes que saciar de algún modo tu sexualidad; tus padres siguen esperando que seas alguien: un mejor empleo, ¡bien pagado!, tu casa propia, tu coche, tus tarjetas de crédito y un matrimonio bien establecido, porque eres ya un adulto y contigo, la verdad es que no se ve nada claro...

JOVEN: ¡Es desesperante! Tanto tiempo alejado de ellos y todavía tengo que soportarlos.

CATRÍN: Te vuelve a asaltar la idea de que "naciste para nada"; no le encuentras valor a la vida y deseas la muerte como única solución a tu impotencia... En fin, un día normal... Ves el reloj: son las siete y diecisiete. ¡Qué placer sería quedarse echado en la cama! Quedarse dormido y no despertar jamás. Pero no es tiempo de ponerse a soñar, si no trabajas no hay nada. ¡Hay que levantarse!... De pronto te sientes ma-

reado, ¿qué pasa? ¿Será otra vez ese maldito dolor de cabeza de la semana pasada?...

JOVEN: Me descontaron dos días por eso, ¡no puede ser que me vuelva ahora!... No, es posible que... ¡Dios!, se está moviendo la cama. No es un mareo, ¡está temblando!... Se mueve todo, caen cosas, ¡ese ruido!; retumban los vidrios, ¡cuidado!... Se rompieron las ventanas. ¡A la puerta! los marcos son las partes más seguras y puedo salvarme... ¡Dios!, es interminable. Todo se mueve, tengo que salir... La gente corre, se atropellan, gritan; ¡esperen, no corran!, ¡es peligroso!... No debo detenerlos. El que se tiene que salvar soy yo, ¡tengo que salvarme!... ¿Dónde? ¡la cama! Abajo del colchón; sí, eso es todo. No moriré, no moriré... ¡Oh! ¡La pared se está cuarteando!... Padre nuestro que estás en la virgen santísima, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores y ayúdanos para que no tiemble, Padre mío... ¡Ayúdame! ¡Se abre el piso! ¡Dios, me caigo!...

Silencio.

CATRÍN: Era necesario volverlo a vivir, sólo así entenderías lo que ha sucedido. Abre tus ojos y mira. Éste era tu edificio. Ésta es tu casa.

Pausa.

CATRÍN: Comprendes.

JOVEN: No, no lo comprendo.

CATRÍN: ¿Te niegas?

JOVEN: Es tan oscuro.

CATRÍN: Está muy claro.

JOVEN: No puedo, ¡es imposible!

CATRÍN: Pues lo imposible ha sucedido.

JOVEN: ¿Y aquí morimos?

CATRÍN: Qué mejor lugar que en la casa de uno.

JOVEN: No es cierto... Yo me siento vivo. Tengo sed. ¡Estoy vivo!

CATRÍN: La sed, el dolor, todos los sentimientos antes de aceptar.

JOVEN: Aceptar, ¿qué?, ¿la muerte?

CATRÍN: Si lo haces, toda sensación física desaparecerá y sólo tendrás que esperar la nueva etapa.

JOVEN: No,... no. Estoy confundido; usted lo hace... Tengo la impresión, al verlo, de que está aún vivo, y a la vez... ¡No es posible que pase esto cuando estamos muertos!

CATRÍN: ¡Ya lo has dicho!: "¡Cuando estamos muertos!"

Se oyen gritos, muchos gritos, acompañados de sirenas y golpes de palas y picos; es prácticamente una composición musical.

CATRÍN: Eso, sigan, ¡sigan! ¿Lo oyes?

JOVEN: ¡¿Qué sucede?!

CATRÍN: ¡Es el advenimiento de la muerte dentro de una civilización podrida, basada en el error! ¡La sed, el dolor, el hambre, todo desaparecerá con ella! ¡Es esta la purificación que necesitábamos!

La mujer vuelve a levantarse.

MUJER: ¡Cuándo van a callarse! ¡Estoy harta de tanto escándalo!

Todo se detiene. Silencio.

MUJER: ¿Hasta cuándo tendré que soportar estos martirios? No tiene sentido. Si es necesario comprender que nuestro tiempo ha pasado, hagámoslo rápido, pero en silencio. Comprendan que hay otros que no podremos hacerlo.

CATRÍN: "Ése será su castigo."

MUJER: No siga, acaba con mis meditaciones.

JOVEN: Quiero agua.

MUJER: ¡Por favor!

JOVEN: ¡Tengo sed!

CATRÍN: ¿Te he presentado a nuestra amiga?

MUJER: No es necesario.

JOVEN: Ya la conozco, es mi vecina.

CATRÍN: ¿Y sabes por qué es que está aquí "a medias"?

MUJER: ¡Por favor! Acabe con sus comentarios.

CATRÍN: Entonces, preséntese usted misma.

JOVEN: ¿Qué pretende?

MUJER: Yo no soy como usted, ni como el portero. Yo estoy sola... ¡No es suficiente con haberme dicho que no puedo ir!

CATRÍN: Ya le he dicho que sólo los muertos no descuartizados, después de las siete y diecinueve, ¡y usted se adelantó!

JOVEN: ¿De qué hablan?

MUJER: ¡De nada!

CATRÍN: De que la señora, desaprovechando la oportunidad del análisis vital y la decisión verdadera para una mejor vida, se ahorcó segundos antes de que iniciara el terremoto. ¡De eso hablo!

Pausa.

MUJER: ... No me juzguen; con lo que tengo es bastante. Era una mujer muy sola, amargada, nunca tuve a nadie... Yo misma me alejé del mundo... tenía miedo, desconfiaba... Volvía cada vez más fuerte la imagen de ese pequeño que no pude tener, ¡de aquella vida sin esperanzas! No lo aguante, ¡no lo aguante!

CATRÍN: Lo de la señora no se me expuso. No la puedo llevar.

JOVEN: ¿A dónde?

CATRÍN: No lo sé, cómo lo voy a saber. Yo recibo órdenes.

JOVEN: ¿De quién?

CATRÍN: ¡De quien debe ser!; y deben de obedecerse.

MUJER: Es tan difícil hacerse a la idea, joven. Quiero descansar.

CATRÍN: Hágalo, parece que tendrá toda una eternidad para ello.

JOVEN: Siento asco.

CATRÍN: ¡Deja de decir tonterías! ¡Ya no debes sentir nada!

JOVEN: ¡Estoy vivo! ¡Siento asco de esto, de usted, de mi cuerpo!

CATRÍN: ¡Exacto! Acaba con él y serás libre.

MUJER: ¡Basta!

JOVEN: ¿Por qué, si usted eligió matarse y yo no, estamos aquí, juntos?

MUJER: No lo sé, yo no sé nada; ¡soy una víctima!

JOVEN: Quieren que crea que ya no existo, que no tendré nunca más a Chela, a mis amigos, a mis padres, ¡a nadie!... ¿Para qué? ¿Qué ganan con todo esto?

La mujer habla sin sentido para el público.

JOVEN: Yo sigo sintiendo la vida, con dolor, con sufrimiento, pero no siento ninguna muerte ininguna paz! ¡Me molestan estas malditas moscas!

CATRÍN: No luches contra algo inevitable.

JOVEN: ¡No lucho por nada!

CATRÍN: La mente es la que dificulta el proceso.

JOVEN: ¡Déjeme en paz!

Pausa.

JOVEN: ¡Lárguese!

El catrín sale. El joven mira a la mujer que continúa en un monólogo ilógico.

JOVEN: ¿Y usted, por qué no se va?

MUJER: ¿No se ha dado cuenta que no puedo?

La mujer se acuesta lentamente. El silencio que deja después de su monólogo es excesivamente dramático para el joven, un vacío. Suelta un grito abogado.

JOVEN: ¿Qué me está pasando?

Pausa.

JOVEN: ...Quisiera pensar..., no puedo; no siento...

Pausa.

JOVEN: ¿Es verdad?... ¿esto es estar muerto?... Sí siento algo: ¡tengo miedo!... ¿eh?... ¿Chela?, ¿mamá?, ¿quién grita?... ¿dónde están?... ¿también han muerto?... No los veo.

Pausa.

JOVEN: ¡Cuánta oscuridad!... ¡Dios!, si estoy muerto debería verte, ¿no me lo merezco? ¿No puedes ofrecerme un poco de tu luz?... Mentira, eso es lo que eres, ¡pura ilusión!... ¡Estoy solo!

Pausa.

JOVEN: Háblame, Dios, por favor; ¡quiero sentirte! Yo sí creo en ti... Todo se me acaba, se desvanece... No quiero dejar de ser un hombre... Algo me pasa, alguien me grita que quiere vivir... ¡Soy yo! ¡Yo!... ¿En dónde quedaron mis mediocridades? ¡Porque eso fui, un mediocre! Y apenas me doy cuenta... A quien sea: ¡perdónenme! ¡Perdónenme!

Pausa.



JOVEN: ¡No puedo irme! Nadie me va a obligar a morir. Algo me ha faltado por hacer... Algo... ¡tengo sed!, ¿verdad? ¡Quiero agua!, estoy vivo..., tengo sed...
Ha caído un sueño en la escena.

IV

Entra una pareja de adolescentes, bermosos, mexicanos.

PAREJA: Soñando, soñando... Lo hemos encontrado como deshecho, como acabado. ¿Era el joven que nos encontrábamos en la calle, en el cine, en el futbol? ¿Era sólo uno más? ¿Era el que ayudó y perdió su vida por salvar otras?... Quisiéramos entrar en este mundo; pero junto a él ya están los lugares ocupados. Él seguirá con la ilusión de la vida, ¿Y no sabremos nunca por qué? Soñando, soñando... Nosotros también luchamos, pero nadie nos ayudó; nosotros como él teníamos ilusión, pero nadie nos ayudó. ¿Somos los que se encontraban en la calle, en el cine, en el

futbol? ¿Sólo somos unos más? ¿Somos los que ayudamos y dimos nuestras vidas por salvar otras?... En nuestro mundo, los lugares ya están ocupados; mala suerte tal vez. Soñando, soñando... Los encontramos admirando, viendo, criticando. Lo que ustedes esperan es el desenlace teatral; nosotros esperamos otra realidad. ¿Son ustedes los que nos encontrábamos en la calle, en el cine, en el futbol? ¿Son ustedes unos de tantos? ¿Son los que dieron y darán sus vidas por salvar otras?... Aquí y allá, nadie llegó a tiempo; mala suerte, tal vez... En su mundo aún hay lugares vacíos, ¿cuándo se llenarán?

Salen. En una pantalla, aparecen sin sonido escenas del temblor y sus consecuencias: casas y edificios destruidos, muertos y heridos, damnificados, rescate, funcionarios públicos hablando, Miguel de la Madrid sonriendo, alguien vendiendo lo que mandaron de otros países para damnificados, marchas de protesta, el mundial de futbol juvenil, las elecciones de 1988, hasta culminar con la toma presidencial de Salinas de Gortari.

Voces: Entretanto, sigan soñando, creyendo, soñando...

V

En la superficie son las dos de la tarde, por lo que la luz en la escena es mayor, aunque siempre guarda esas penumbras necesarias. Las mismas características de la escena. Entra el portero y mueve al joven, no obtiene respuesta, corre a la parte de atrás, saca una cubeta con agua y la arroja sobre el joven que, aún con el sorpresivo cubetazo, apenas reacciona.

PORTERO: L'eché el agua pa'despertarlo; como ya es tarde, se me hizo mucho para seguir dormido y pensé que ya se estaba petateando solito y nos dejaba aquí. Es que ni se movía.

JOVEN: No,... no me molestó. Al contrario, se lo agradezo. Soñaba en co-

sas que nunca había hecho... Vivir... Le doy las gracias. Nos hemos vuelto a encontrar. ¿En dónde se había metido?

PORTERO: Por allí. No lo creerá, me la pasé pensando. ¡Híjoles, hasta me da risa! Fíjese, cuando estaba vivo y co-leando nunca se me ocurrió ponerme a pensar en mí y ahorita que voy para muerto, me pasé toda una noche haciéndolo. Bueno, no toda, también me fui a despedir.

JOVEN: Despedir, ¿de quién?

PORTERO: Pues de todo y de nadie... Si ya nos vamos a ir, hay que despedirse de lo que nos acompañó en la Tierra cuando ni imaginábamos que nos iba a llegar la hora... Yo a mi familia la dejé cuando estaba retechiquito y me vine para acá, y nos olvidamos... Ya ni vergüenza me da, pero, pus ni me llegó el amor y, ¿qué le hace uno?, ya estaba en mi sino, como quien dice. Y como estaba retesolito encontré, no se vaya a reír..., pues en la gente de la calle o del metro que casi ni me tomaba en cuenta, en los perritos callejeros, en las hormiguitas que en hileritas y bien calladitas se volaban mi comida..., encontré en todos ellos, acompañantes; hasta los hacía mis cuates... También me despedí del agua que me lavaba y hasta del aire con todo y smog,... del pasto, de las piedras,... de todos ellos me despedí. Aún peor me resultó hacerlo de los que me dañaron, de los que no me dejaron vivir mejor, y más peor de los políticos y de los mentirosos, pero lo hice, ¡y viera qué bien me sentí! Tenía que hacerlo, para que no creyera nada ni nadie que soy un malagradecido.

JOVEN: Qué noble es usted... Qué diferentes somos.

PORTERO: Ni que tuviera tres patas y yo dos. ¿Quiere usted despedirse?

JOVEN: ¡No, yo no!

PORTERO: Cada quien tiene su modo; no se me agüite.

JOVEN: ¿Ya habló el señor del traje con usted?

PORTERO: Sí; con los tres. Dice que para eso vino.

JOVEN: ¿Y qué le dijo?

PORTERO: Pos que ya estamos muertos y que debemos esperar para irnos a una hora que él solo sabe.

JOVEN: ¿Qué más?

PORTERO: Bueno, que somos moribundos;... y algo así, como de unas tapas, ino!, ¿cómo es?

JOVEN: ¿Etapas?

PORTERO: ¡Eso!, etapas. Que'sque hay una de ésas cuando uno grita como loco y se alborota todito; otra, cuando a uno se le va la onda, así, como de viaje; hay otra que sí entendí, cuando uno lucha y le echa muchos güevos para, ipus pa'no irse!; otra, que de pensar y pensar, bien fea; y ya después, la última: ipus resinarse!, nomás. Usté ni se preocupe y na'más piénsese tantito; de todos modos tenemos que esperar.

JOVEN: La muerte.

PORTERO: Séquese el sudor; mire, aquí hay un trapo, tome.

JOVEN: No estamos muertos...

PORTERO: ¡Cálmese!, que se está poniendo bien rojo, no le vaya a hacer daño; ¡ay, qué güey si ya nada nos hace daño!

JOVEN: ¿Se da cuenta, podemos escoger si queremos vivir o morir?

PORTERO: Eso no lo sé. Lo que a mí me convenció fue que dijo que si nos íbamos con la calaca por las buenas todo iba a ser mejor, que no sufriríamos.

JOVEN: Pero si no queremos no vamos.

PORTERO: Y nos quedamos así como estamos.

JOVEN: ¡VIVOS!

PORTERO: ¡Eso tampoco lo sé! ¡No me haga más pelotas!

Entra sorpresivamente el catrín.

CATRÍN: Tiene toda la razón, ino lo haga más difícil! El señor está convencido de su decisión y no tiene usted el derecho de acabar con ella ni de meterse en su vida.

JOVEN: ¡Usted no sólo se ha metido en mi vida sino que quiere acabarla!

CATRÍN: Yo sigo órdenes precisas y lo único que hago es tratar de convencerlos.

JOVEN: Obligándonos.

CATRÍN: ¡A la muerte misma! Así apareceremos en este lugar, en unas horas, como cadáveres de personas muertas por el derrumbe del edificio. No habrá mayores complicaciones, seremos felices, tendremos una nueva oportunidad en otro lado.

JOVEN: ¿Quién es usted? ¿De parte de quién viene?

CATRÍN: ¡Qué importa eso! En mi vida fui tan mediocre como tú; también deseé la muerte, no había otra solución. Esta pinche sociedad nos inundó de porquerías, nos dejamos aplastar por una bola de mentirosos y ambiciosos, ¡que ahora mismo sólo han de falsear caras de angustia y fastuosas ideas de "solidaridad"! ¡Eso es lo que quieres que te diga, ¡que no fui nada! ¡Que vendía telas en el centro, y me usaban como maniquí de tercera categoría! Que pasaba por acá cuando inició todo, que no quedó nada de mí, ¡que no tenía nada, ni a nadie! ¡Eso quieres que te diga!

Pausa.

CATRÍN: Te ves muy mal. Tus heridas están avanzando.

JOVEN: No hable...

CATRÍN: Yo estoy convencido... Desde que alimento a la muerte, mis pocos momentos de vida tuvieron un sentido. Le encontré una razón a los problemas, a las crisis, a la pobreza, al odio, al exceso; como aquellas mañanas tuyas donde pedías morir para que acabase de una vez todo lo que te agobiaba... He comprendido que formo parte de la unidad y he dejado de sufrir, de sentirme solo, de andar sin rumbo.

JOVEN: Pero no sabe a dónde va.

CATRÍN: ¡Qué importa! Es la muerte, a ella voy, por ella lucho.

JOVEN: Fue un cobarde.

CATRÍN: ¿Qué?

JOVEN: Se rindió a la primera, por eso sintió "la orden".

CATRÍN: ¿Para qué quieres regresar?

JOVEN: A darle un sentido a todo.

CATRÍN: Y no sabes cuál es ese sentido.

JOVEN: Lo buscaré.

CATRÍN: Estarás lisiado, ¿quién crees que te aceptará así?

JOVEN: No faltará quién; tengo familia, ¡mi novia!

CATRÍN: Error, tú no tienes novia, murió hace exactamente unas seis horas, y en cuanto a tus padres, te olvidaron muy pronto, les estorbabas.

PORTERO: ¡Joven!, ¿qué tiene?

CATRÍN: Dolor, ¡porque él lo quiere!

JOVEN: Habrá muchos como yo, no faltará ayuda; ¡el mundo no puede ser tan cruel!

CATRÍN: No tendrás casa. Vives en un país sin seguro de vida.

El Catrín alucina.

...Lo veo claramente, el calor me ofrece las visiones. Sólo a algunos les devolverán sus cosas; miles vivirán en el desperdicio, les llamarán "campamentos", y cuando la opulencia del cínico vende-patrias se aferre al poder, les quemarán sus "cartones" para desalojarlos, porque no serán más que unos estorbos... ¡ésta es la vida aquí! El que reproche será unapestado; quien luche por sus derechos será un delincuente;

si un lisiado habla será un fenómeno...

La mujer aparece nuevamente; contempla todo desde su lugar.

JOVEN: Sé que no estoy muerto y que, pase lo que pase, no importan sus augurios negativos, yo viviré.

CATRÍN: La vida es cosa del pasado, suéltela.

JOVEN: Es lo único que realmente he tenido: sentir que dentro de mí corre el aire que respiro; que cuando tengo hambre me rugen las tripas; ver en una cortada, un chorrillo de sangre que me dice: ¡ésta es tu vida!; y hasta el cansancio, el sufrimiento, la necesidad de amar, de trabajar, de gritar, ¡por lo que sea!... me hacen existir y amar, amar la vida por sobre todo.

CATRÍN: ¡Ay Jesusito Cristo! Si vieras cómo se pudren tus piernas exactamente aquí abajo, cambiarías de opinión.

PORTERO: ¡Oiga, ya, no joda! ¡Qué complicada se la pone! De verdad, si usted me dijo que no tiene derecho a meterse en mi vida, seamos justos y no se meta en la suya. A últimas y sin largas, ¿quién puede asegurar que es mejor morir o vivir? ¡Nadie! Si acaso nadamás la persona, solita, con ella misma.

MUJER: ¡Es cierto!

PORTERO: Si él quiere vivir y dejar de ser tan jodido, aunque ya esté bien jodido, allá él, es su decisión, ¿Cuál es la bronca?

CATRÍN: Yo sólo trato de orientarlo.

PORTERO: ¡Lo que debe dejar es de chingar! Ya me encabroné...

CATRÍN: Se están portando soberbios, y no es una buena cualidad.

JOVEN: Continuar...

CATRÍN: ¡Volveré antes del siguiente temblor!

MUJER: ¡Siguiente!

PORTERO: ¿Habrá otro?

CATRÍN: Sí, habrá otro.

Silencio. () La mujer se levanta pesadamente.*

MUJER: Otro más; ésa parece ser la famosa señal... La incertidumbre es mayor.

JOVEN: Basta, por favor.



MUJER: Tengo envidia de tu situación. Escoges la vida sabiendo que volverás a un lugar donde nada bueno te espera... Yo no sé qué va a ser de mí, no lo sé.

PORTERO: Algún día deberá partir.

MUJER: Por ahora no; ni como el joven, ni como usted; por ahora no.

JOVEN: Ya no tengo fuerzas, me siento tan débil.

MUJER: No vayas a cerrar tus ojos, podría ser peligroso. No pienses de más. Alimenta la confianza en ti.

PORTERO: No se deje... por favor.

La mujer tararea una triste canción, llena de oscuridad, de gran soledad; el portero la sigue, también tarareando. Entre los dos toman al joven de los brazos; está semiinconsciente, y tratan de reactivarle sus centros vitales. La escena se va oscureciendo, la música de los personajes se sigue escuchando aún sin luz.

VI

La noche está llegando afuera. La mujer y el portero se ven sentados, dormidos, a los lados del joven, que delira como un moribundo.

JOVEN: ¡Ah! No debe haber moscas; no las soporto. ¡Fuera!

PORTERO: ¡Ehh! No, no, ¿qué hora es?

MUJER: ¿Qué pasa?

PORTERO: ¡Se nos hace tarde!

MUJER: ¿Para qué? No sea incoherente; despiértese bien.

PORTERO: Me asusté. ¡Soñaba repinche!

MUJER: ¿Nunca va a cambiar?, ni en la muerte.

PORTERO: Soñé que vivía en el sótano de una casota y que me encerraban para toda la vida, que no iba a salir más. Luego me despierto y pienso que me quedé dormido y que me dejaban. No quiero estar como fantasma chocarrero y andar asustando gente. Cuando oí el "fuera", pensé que se había acabado el conteo del cohete y que se estaban yendo sin mí.

MUJER: ¡Qué absurdo! Yo no he visto ningún cohete; quién sabe cuántas cosas no se está inventando en la cabeza.

Pausa.

PORTERO: Oiga, ¿pa' qué se adelantó?

MUJER: Cómo podía saber...

PORTERO: En mi pueblo decían: "Despacio que tengo prisa".

MUJER: Nunca tuve paciencia... Cómo quisiera que ya hubiera terminado todo.

PORTERO: No se apure, quién quita y hasta alcance un lugarcito con nosotros, ya ve que el joven no quiere ir.

MUJER: Bueno fuera.

PORTERO: ¿Estará sufriendo mucho?

MUJER: ¿Yo?

PORTERO: El joven.

MUJER: Más que nosotros, los conformistas, sí.

PORTERO: Por querer vivir, qué raro, ¿verdá?

Pausa.

MUJER: ¿No oye algo?

PORTERO: ¿Como qué?

MUJER: Como bramidos, como lamentos.

PORTERO: No, pus yo no oigo nada.

MUJER: Olvidemos; olvidemos por unos momentos lo que pasa.

PORTERO: Bueno. ¿Y qué hacemos?

MUJER: No lo sé.

Pausa.

PORTERO: Oiga, seño, aquí en confianza usté me caía remal. Era reapretada, no respondía ni al saludo; y cuando me pedía algo siempre me regañaba bien groseramente.

MUJER: ¿Qué quiere usted? No le daba importancia. Pensaba que debía ocuparme de otras cosas... ¿Me perdona?

PORTERO: ¿De qué?

MUJER: De mis groserías, de mi falta de respeto.

PORTERO: ¿Por qué no? Si usted quiere, yo no soy rencoroso.

MUJER: Quisiera estar en paz, y empiezo por usted... ¿Amigos?

PORTERO: ¡Hasta cuates!

Se abrazan. Pausa.

PORTERO: Oiga, ¿sintió lo mismo?

MUJER: Es decir..., nada.

PORTERO: Se pierden los...

MUJER: Los sentidos. Perdemos nuestro cuerpo.

JOVEN: ¡Todo se me nubla! ¡Ábrame los ojos! Por el amor de Dios, ¡ábránmelos!

MUJER: Ayúdalo, voy por agua.

PORTERO: Está allá atrás otra cubeta, ni polvo les cayó.

MUJER: Aquí está; déjeme mojarle los labios.

JOVEN: ¡Agua!, agua, ¡estoy vivo!

MUJER: Claro que estás vivo, hijo, claro que sí.

PORTERO: Totalmente, chamaco... Oiga, señor, esto del joven está bien duro, ¿verdad?

MUJER: Nada más de verlo me pregunto si en verdad tenemos posibilidad de elegir; tantos dolores, sufrimientos. Somos tan ignorantes que...

PORTERO: No, no diga eso. A nosotros ya se nos fue el tren o lo dejamos ir, ¡ya ni modos!; pero él está a tiempo, por eso sufre. Socorrámoslo, ésa es ahorita nuestra misión.

JOVEN: Mamá, mamá; abrázame más. Me entró tierra en los ojos, ¡me estoy quedando ciego!

PORTERO: ¡Santo niño de Atocha! ¡Este ya se nos regresó! ¿Qué se hace en estos trances?

MUJER: Éstas bien, m'ijito; no te vas a quedar ciego.

JOVEN: ¿Por qué no vienen por mí? Ya todos los niños se fueron. No quiero quedarme en esta casa. ¡No me castiguen!

MUJER: No vas a quedarte aquí; vas a salir y vivirás mucho tiempo y muy feliz, vas a ver que sí, tu mamá no te mentaría nunca.

Canta una canción de cuna. El portero reza en silencio. El catrín se acerca.

CATRÍN: ¿Y ustedes? ¡Por favor, qué ridiculez!

MUJER: ¡Shhst!

CATRÍN: Ya todo el mundo está listo.

PORTERO: ¿Ya nos vamos?

CATRÍN: En pocos minutos. ¡Este será uno de los más grandes actos tanáticos de la historia de nuestra ciudad!

PORTERO: ¿Qué?

CATRÍN: La muerte nos llevará en sus brazos a cientos, ¡miles!

MUJER: ¿Habrá más?

PORTERO: ¡Miles!



MUJER: ¡Santo Dios!, pero si fue un terremoto.

CATRÍN: De ocho grados y de una variedad ¡formidable!

PORTERO: ¡Ayúdanos, padre mío!

CATRÍN: El número exacto, ¿cómo saberlo? Lo que nadie olvidará será un verdadero olor a muerte, la imagen de la destrucción y el miedo continuo al movimiento de nuestra madre tierra; una sensación que recordarán por siempre. Imagínense, cientos de edificios destruidos, mucho dinero perdido...

MUJER: ¡Por Dios!, ¿en qué piensa?

CATRÍN: He concebido una sinfonía pánica, con sus gritos, con sus sirenas, con sus brazos alargados pidiendo ayuda, con la sonrisa de los malhechores, con el goce de los incendios.

PORTERO: ¡Ya párele que tengo mucho miedo!... Perdónenme que no quiera hablar más de eso, pero es que no es igual; si somos tres lo entiendo, pero tantos otros ya se me va todo por quién sabe dónde. ¡Ya sé! Mejor díganos qué vamos a hacer para cuando llegue el momento, estoy impaciente. Es la pri-



mera vez que me muero, sabe, y quiero hacerlo muy bien.

CATRÍN: Sólo esperar, ponerse en su lugar y ya.

PORTERO: ¿Nomás?

CATRÍN: ¿Qué quería?, ¿exámenes, identificaciones?

PORTERO: Yo imaginaba más emoción; algo así como que venía un cohete por nosotros, o que nos metían como braceros, persiguiéndonos la migra, no sé, algo así.

CATRÍN: Pues no. Sólo nos moriremos.

MUJER: ¿Yo cuento también en su ironía?

CATRÍN: ¿No he hablado claro?

MUJER: Es muy cruel, ¿no cree?

CATRÍN: No lo sé. De cualquier modo a mí me encantaría ver otra muerte, pero...

PORTERO: ¿En cuánto tiempo?

CATRÍN: Cuestión de minutos.

JOVEN: ¡Soledad!

CATRÍN: Completa.

JOVEN: No me afecta el dolor... ¡Tengo amor!... Yo no grito, sé amar...

PORTERO: ¡Así me gusta, joven!

MUJER: Aproveche todo lo que pueda, y ame allá afuera hasta que lo tachen de loco.

CATRÍN: El paso que sigue es mucho más importante. Miren todo este lugar por última vez; aunque sea sus escombros, será lo único que quede en su memoria.

MUJER: ¿Escombros?

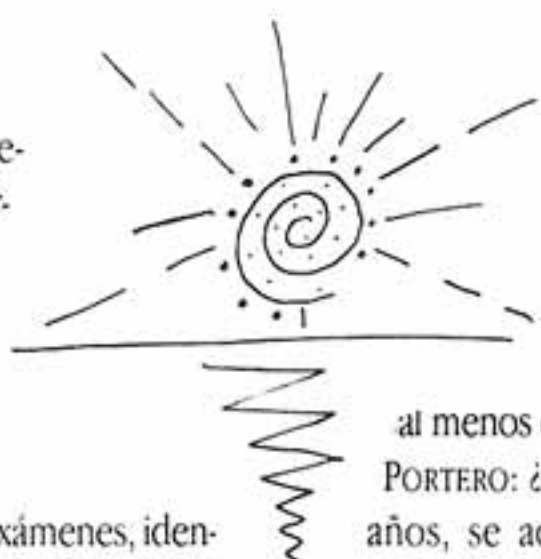
PORTERO: ¿No quedó nada de nuestra ciudad?

CATRÍN: De ella sí. ¡Nunca acabará la fama y el honor de ésta, nuestra Ciudad de México! En cambio, nosotros, sólo escombros dejaremos.

PORTERO: ¿Y todo lo demás se olvidará?

CATRÍN: Desgraciadamente.

PORTERO: ¿Así me iré nada más? ¿Como las flores que se mueren?



CATRÍN: Nadie sabrá de nosotros. Ni de nuestra fama, ni de nuestro nombre.

MUJER: ¡Al menos flores, al menos cantos!

PORTERO: ¿Quién, en diez o veinte años, se acordará de estos tristes escombros que somos ahora?

CATRÍN: El hombre no tiene memoria; se acaba con la desidia, con el desamor. Dale mentiras y olvidará cualquier cosa, incluso a sus muertos.

MUJER: Sólo venimos a dormir, ¿no es cierto?; a soñar; no es verdad que venimos a vivir aquí a la tierra.

Pausa.

CATRÍN: Escuchen... Ya viene.

Pausa.

CATRÍN: Ocupemos nuestros lugares.

MUJER: ¿También yo?

CATRÍN: También usted, entre tantos, ¿qué más da?

La mujer y el portero tararean la música de la escena anterior, mientras se acomodan. Comienzan a oírse ruidos dentro de la tierra, irán subiendo hasta llegar a ser un movimiento telúrico. Hay un derrumbe en el escenario. Silencio.

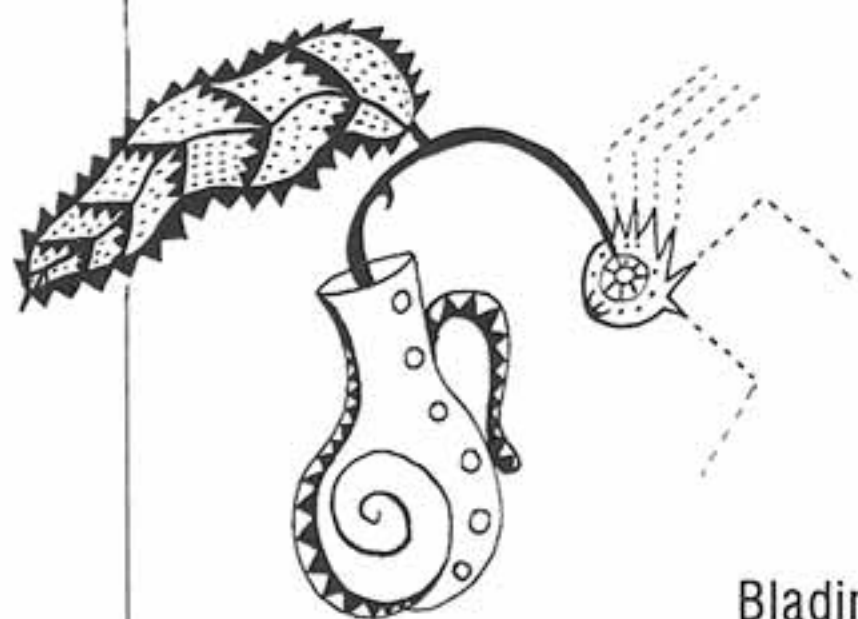
Se ve la luz de una lámpara moviéndose por un boquete amplio que ha quedado a causa del último temblor; se ilumina algo del cuerpo del joven. Por el boquete sale un muchacho encasquetado.

RESCATISTA: ¡Hey! Creo que encontré a alguien.

Música. Sirenas de ambulancias. Oscuro final ☉

*Nota: En la representación de septiembre de 1996, el director Renato de la Riva decidió adelantar el segundo temblor a esta parte, lo que en su momento resultó ideal para la representación.

(Esta obra fue representada por primera vez el jueves 19 de septiembre de 1996 en el foro Luces de Bohemia, bajo la dirección de Renato de la Riva y con las actuaciones de Azgard Ramírez, Jesús Ramírez, Natalia Guadarrama, Guadalupe Durón, Moisés Martínez y Daniel Leriche, Claudio Guarneros con el manejo de luces y escenografía de Robin César.)



Las urracas

Bladimir Villegas García

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Bladimir Villegas camina entre la narración y la leyenda. Sus personajes nos acercan al origen mítico del mundo, a la simbología que tienen los animales.

Del griterío de los zanates, los carpinteros, los luisitos y los pachechos, el de las urracas es el más escandaloso, pues yo creo se oye hasta el difunterío donde descansan los bultos que hace diez años murieron como consecuencia de la pobreza que abunda aquí en el pueblo de Mártires de Tacubaya (Oaxaca).

Dicen aquí en Tacubaya que las urracas, esas aves color gris y ojos negros, negros como el infierno, son de mal agüero, pues hace unos años vinieron a quedarse en el palo de mango de doña Chefa y jamás retornaron a su lugar. Ahí, todas esas aves hicieron sus nidos y tuvieron sus polluelos para después devorar parcelas de maíz, frijol y chile ante el lagrimeo de los lugareños que nada podían hacer frente a sus sembradíos. Las urracas, que por cierto dicen aquí que son parientes del diablo, arremetieron con los zanates y zanatillas que ya tenían años aquí en estas tierras; incluso las copetonas, como les llaman también, desafiaron a los ticundos, esas aves negras, que andan de rama en rama de los cacahuanches. Dicen que las urracas anduvieron tras ellos hasta darles muerte y los aún vivos fueron expulsados pa'l rumbo de la montaña. Pa'allá donde sólo abundan los bejucos de monte y de ahí en fuera, sólo existe el espíritu de la muerte.

Aquí en Tacubaya, dice Eloisa, los gritos de estas condenadas escandalizan todo. Incluso los gritos de los recién nacidos de Monte Viejo, otro pueblo, se oyen en el vientre de Tacubaya. Las urracas pues, son así, exclaman aquí, como el viento que pega en

las ramas de los toronjiles, y no guardan silencio hasta entrada la noche, cuando acurrucan el bulto y se esconden de su mismo mal agüero.

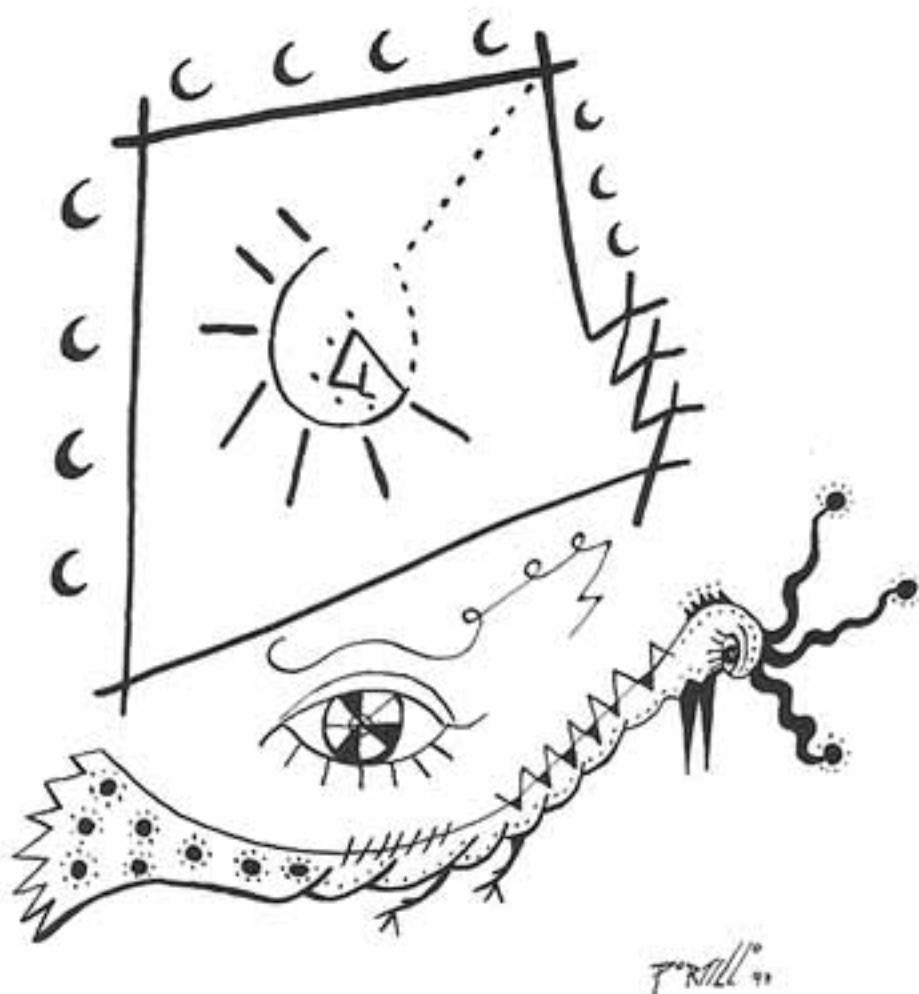
Don Odilón, mi tío, apunta que las urracas gritan por querer asustar a las almas de Tacubaya y despojarlas de todo. Dice, junto con otros lugareños, que estas aves se arrejuntan en las ramas de los huizaches o canicuiles para después devorar todo a su paso. A las muy condenadas no les importa si uno se queda con hambre, o si al día siguiente se muere uno. Las urracas son desgraciadas. Estas aves, como el viento que baja del cerro El Carrizo, rascan hasta las casas y dejan sin bocado al bulto. Posteriormente las almas mueren y así las condenadas van abundándose como planta bleo en el mes de septiembre, cuando están tupidas en los cerros. Así son estas urracas reigualitas al comején, que nomás están a la espera de uno y más de las parcelas sembradas. ¡Son desgraciadas!

Dicen además, que las urracas son así como el machete afilado en la piedra de río: Filoso y hambriento. Estas aves no tienen piedad de uno, menos de la fuerza espiritual. A ellas no les interesa la muerte, pero sí la fuerza de vivir.

En Tacubaya apuntan además que estas aves son hermanas del diablo, que aquí en el pueblo le temen hasta a matarlas, pues si lo hacen, los bultos infantiles mueren al día siguiente y los que están en el vientre no llegan a vivir, mucho menos a crecer.

Las urracas pues, dice mi tío Froylán, están ahí en ese palo de mango pa' divisar todo Tacubaya. Pa' ver todos esos bultos junto a sus chilpayates y, por qué no, pa' contemplar el difunterío en lo alto del cerro.

Las urracas abundan en todos los palos de huizaches, crucicillos y cacahuananches. El árbol de mango ha muerto ☉





¿Qué pasa cuando el voyeur, el espectador de una historia se va introduciendo en ella poco a poco? El cuento de Martha Bátiz nos da una respuesta obsesiva, un poco cruel.



RALL' 97'

El malentendido

Martha Beatriz **Bátiz Zuk**

Facultad de Filosofía y Letras



Nadie pudo dejar de notarla. Y menos yo. La trajo mi vecino Jacinto, el único pintor de por acá que hace dibujos ininteligibles en vez de paisajes para venderlos a los turistas. Nunca le había conocido novia, ni amante, ni nada parecido, hasta que un buen día apareció con esa mujer. Desde mi apartamento oí sus pasos por el corredor y decidí salir a saludarlo, para saber cómo le había ido con los cuadros. No es fácil venderlos. Jacinto y yo hablábamos de eso a veces. Él era muy callado, pero yo trataba de hacerle plática cada vez que podía, porque creo que no hablar, a la larga, enferma. Supuse que estaría solo, como siempre. Me equivoqué.

Abrí mi puerta y lo primero que vi fue a Inés, de pie, unos cuantos metros atrás de Jacinto. Traía el pelo trenzado

y cargaba una jaula cubierta con un trapo negro. Quise ayudarlos a meter el equipaje al departamento, pero Jacinto no me dejó. Inés estuvo callada todo el tiempo mientras él llevaba los bultos a la sala. No contestaron ninguna de mis preguntas. Creo que Inés quería hacerlo, pero Jacinto la miró de una manera que hasta a mí se me quitaron las ganas de seguir hablando. Después ella entró también y cerraron la puerta. No sé qué me dio más rabia: su majadería, o darme cuenta de que ya no iba a ser la única persona que compartiría las pocas palabras de Jacinto, pero igual me encerré en mi recámara hasta el día siguiente. Además, Inés me intrigaba muchísimo. Ni siquiera se notaba su respiración. Era como una muñeca flaca de ojos grandes.

Pasaron varios días antes de que volviera a verlos. Yo regresaba de la oficina cuando ellos salían, tal vez al teatro o algo así, porque su ropa era elegante. Tuve que aceptar que hacían una bonita pareja, aunque ver a Jacinto acompañado —y vestido así, como nunca antes— me produjo un malestar extraño. No es que él me importara. Bueno, sí. Pero también quería saber de dónde había sacado una mujer tan bella. Desde cuándo la conocía. Los saludé con indiferencia, para que vieran lo que se siente, y entré a mi casa. Más tarde, cuando volvieron, me despertó la voz de Jacinto gritando. No era mi intención escuchar, pero las paredes son muy delgadas.

— ¡Te dije que no hablaras con nadie!

— No podía ser tan descortés. Por favor, entiende.

— La que tiene que entender eres tú. No tolero que hables con nadie más.

— Lo siento, de verdad.

— Eres una estúpida.

— Perdón.

— Ya cállate. Ojalá te mueras.

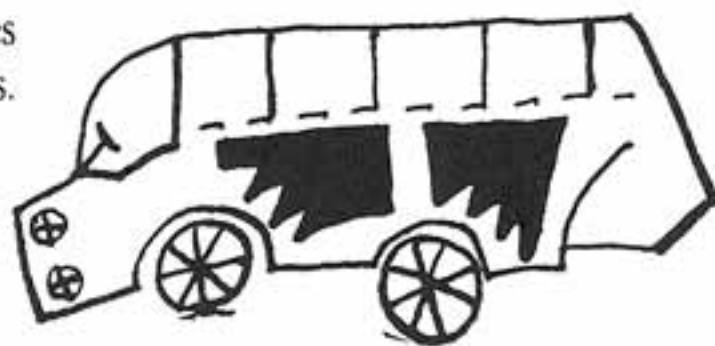
Una noche él la mojó con tequila, y luego lo lamió lentamente. Ahora ya no se me antoja beber a solas

Me asusté mucho. Estuve a punto de ir por ayuda, pero primero decidí averiguar qué pasaba. Por el barandal de mi balcón puedo pasar fácilmente al de Jacinto. Muchas veces lo hice para cerrar su ventana cuando empezaba a llover y él aún no había llegado. Siempre me lo agradecía. Entonces salté cuidadosamente a su balcón, procurando no hacer ruido y vi que, en lugar

de hacerle daño, le hacía el amor sobre el tapete de la sala. Debí haberme ido, sé que hice mal quedándome ahí, pero algo me retuvo. Era una nueva manera de descubrir a Jacinto. Parecía siempre tan reacio, tan duro, que nunca lo imaginé capaz de una muestra de dulzura como esa.

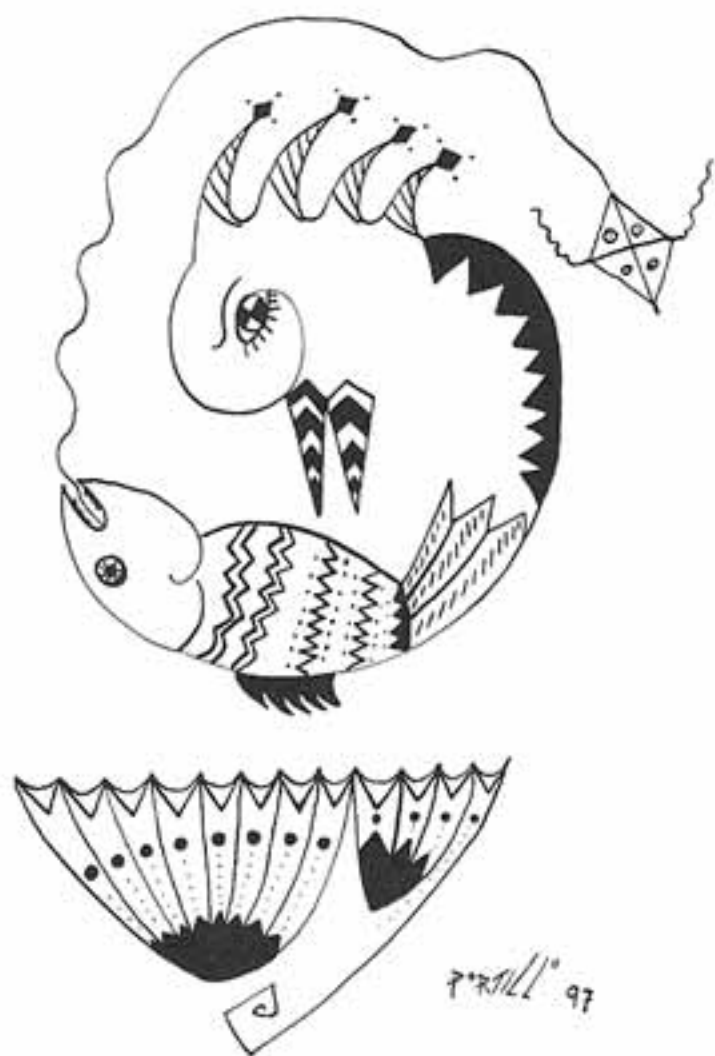
Verlo acariciar cada parte del cuerpo esbelto, casi fantasmal de Inés, y enredarse en su cabello rojo, infinitamente largo, expandiéndose por el piso, me dio escalofríos. Quería cerrar los ojos y no podía, lo juro. De momento quise ser Inés, y también Jacinto. Estar ahí.

No pude dormir esa noche, y a partir de aquel día no logré dominar el deseo de ir a su balcón para observarlos. Una noche él la mojó con tequila, y lue-



go lo lamió lentamente. Ahora ya no se me antoja beber a solas.

Espiarlos me hacía sentir culpable, pero no tenía más remedio. Jacinto seguía ignorándome, y con Inés no había cruzado palabra. Ni siquiera sabía que se llamaba Inés.



Jacinto salía en las tardes un rato. Sólo sabía a dónde había ido cuando regresaba con bolsas del mercado, o con más material para sus cuadros. En cuanto oía sus pasos por el pasillo, entreabría la puerta para verlo llegar. Nunca me atreví a seguirlo, aunque ganas no me faltaron. Inés iba con él sólo en contadas ocasiones. El resto del tiempo se quedaba encerrada en el departamento. Jacinto siempre daba doble vuelta al cerrojo antes de alejarse, y luego un día ella me contó que no tenía copia de la llave.

Una de esas tardes en que él estaba fuera, decidí buscar a Inés para conocerla. Como no pudo abrirme la puerta, entré por la ventana del balcón. Ella estaba muy nerviosa. Tenía mucho miedo de que Jacinto me encontrara ahí.

— Tranquila. Conozco el sonido de sus pasos.

— No quiere que vea a nadie. Es muy celoso.

— Nunca me lo hubiera imaginado. Se ve tan tranquilo.

Ella sonreía con timidez. Jugaba con su cabello. Parecía contenta de hablar con alguien. Se disculpó por no ofrecerme nada de comer ni beber; dijo que Jacinto lo notaría de inmediato y descubriría la visita clandestina. Nuestra primera plática fue corta, pero después nos quedábamos conversando largo rato. Todo dependía de las ausencias de Jacinto, y mi hora de llegada de la oficina. Empecé a salir temprano del trabajo y tuve algunos problemas, pero no me importó demasiado.

En las noches, de todas maneras me asomaba por el balcón.

— ¿Cómo conociste a Jacinto?

— Mi hermano compró uno de sus cuadros.

— ¿Y luego?

— Nada. Vine a vivir aquí. Me gusta.

— ¿Cómo sabes? Casi nunca sales.

— Si estoy con Jacinto, no necesito nada más. Bueno, sólo a Benito.

Así fue como me enseñó lo que había en la jaula que cargaba cuando llegó. Ni yo lo creía, y eso que lo estaba viendo: Benito era un murciélago blanco, con la nariz y las orejas color de rosa, no más grande que un dedo pulgar. Inés dijo que pertenecía a una especie muy difícil de encontrar. Su papá era biólogo y se lo había regalado hacía casi un año. Benito sólo comía fruta, y era la única compañía de Inés. Ella quería ponerlo en una jaula grande, para que tuviera espacio para volar durante la noche, y Jacinto propuso hacer una en el balcón. Pero ella no quería que dejara de visitarla y lo convenció de construir otra junto a la ventana de la cocina.

Días después, oí otra discusión. Inés estaba llorando.

- ¿Qué te comiste?
- Nada.
- No mientas.
- Un pan.
- ¿Y qué más?
- Galletas.
- ¿Sabes qué significa eso?
- Tenía hambre.
- Malagradecida. Sólo quiero cuidarte. Convertirte en una diosa. Mi diosa para pintar.
- Lo siento.
- Sin ti no puedo pintar.
- Ya te dije que lo siento.
- Yo también. Ahora tendrás que ayunar mañana, para desintoxicarte.
- Está bien.
- Es lo mejor para ti, mi amor.

Inés no dejaba de llorar. Sentí tal angustia que fui, lo más rápidamente que pude sin hacer ruido, al balcón. Jacinto la abrazaba. Besó su cuello, su cara, como si nada hubiera sucedido. Tuve insomnio hasta el amanecer. En la tarde, cuando visité a Inés, le di una torta de jamón y queso, y una bolsita de nueces. Comprendió de inmediato que había escuchado la discusión. Mientras devoraba la comida con una ansiedad que daba miedo, por fin me dijo lo que sucedía.

– Él me compra la ropa y me la pone. Llena la tina con agua caliente, lava mi cabello, me enjuaga y después seca todo mi cuerpo muy despacio. Tiene tanto cuidado que a veces de verdad creo que puedo romperme. Desenreda mi cabello, lo peina, me unta crema. Desde que estoy con él, no he podido hacer nada más que lavarme los dientes y darle de comer a Benito, porque Jacinto recorta mis uñas cuando crecen, me da de comer en la boca; hasta limpia mi nariz. Hizo un menú especial para mí. No me deja probar nada que tenga harina, ni azúcar. Si me viera ahorita, me ahorcaría. Sólo bebo agua a temperatura ambiente para no resfriar-

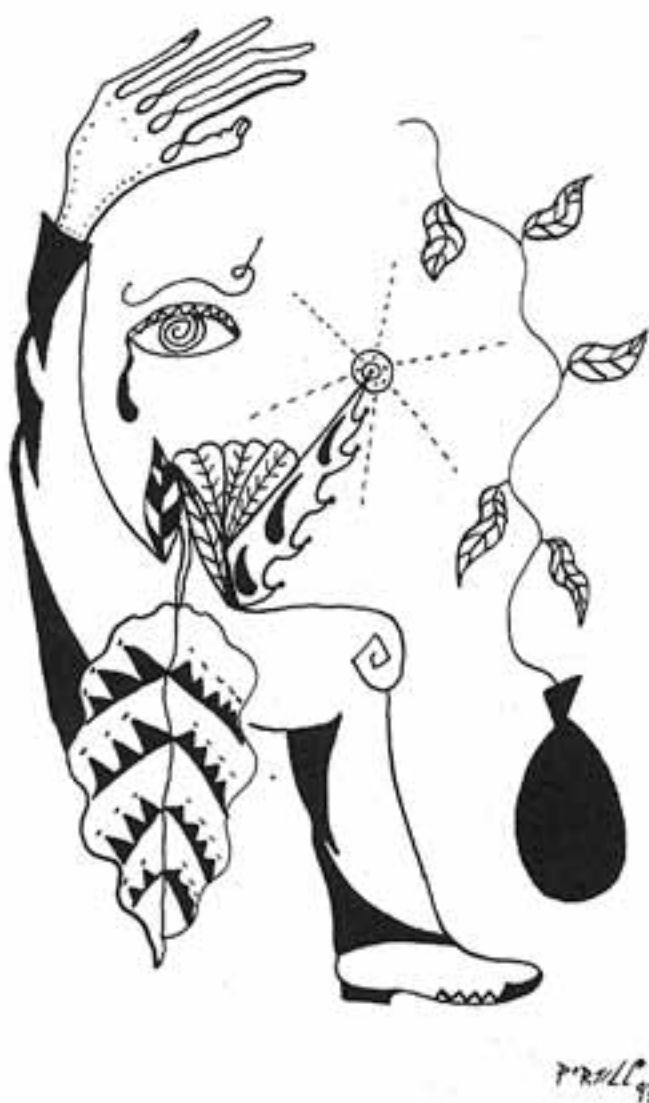
me, aunque haga mucho calor. Se preocupa por mí como nadie, y lo único que pide a cambio es que lo acompañe mientras pinta. Me despierta casi de madrugada, me lleva al estudio y me sienta a su lado, su pierna rozando la mía, y se pone a dibujar por horas, feliz. Pero si dejo de tocarlo un instante, se pone furioso. Dice que sin mí no puede hacer nada, que el pincel se niega a obedecerlo, que el papel o la tela ya no sirven. Y las rompe. El material no le dura por mi culpa. Y cuando volvemos a empezar, y lo veo perderse en los trazos y los colores, si suspiro, deja todo porque dice que lo desconcentro. Nadie me había necesitado tanto.

En ese momento, sólo por unos segundos, la envidié profundamente. Quise tener a alguien que me cuidara con esa devoción.

Dos semanas después, desde el balcón, vi que Jacinto, tras darle un masaje largo, empezó a rasgar con las uñas trozos de su piel. Inés lloraba, se mordía los labios, pero no emitió un solo quejido. Vi cómo la espalda se le iba poniendo roja, y luego cómo Jacinto la hizo volverse sobre ella. El ritual nocturno empezó a cambiar, y me sorprendí. Los gestos de Inés revelaban tan-



to dolor y placer que no pude soportar seguir ahí y regresé a mi casa. Caminé en círculos por la sala durante varios minutos y luego decidí salir a dar una vuelta, a pesar de lo tarde que era y de que podía ser peligroso. Dicen los vecinos que los delincuentes se reúnen cerca de los trenes. La verdad tampoco esa noche encontré ninguno, y eso que la estación puede verse desde la ventana de mi recámara. El ruido de los vagones y la locomotora me gusta mucho. Por eso me fui a vivir a ese edificio. A Jacinto también le gusta. Me lo dijo varias veces.



La tarde siguiente Jacinto no salió, así que no pude ver a Inés sino dos días más tarde.

- ¿Cómo estás?
- Bien. Bueno, más o menos.
- ¿Qué te pasa?
- Me duele un poquito la espalda.
- Si quieres, te doy un masaje.
- No, gracias.
- ¿Cómo te lastimaste?
- Me raspé.
- Déjame ver.

– No es nada grave. Ya sabes que soy exagerada, y me quejo mucho.

No sé cómo logré convencerla de volverse y enseñarme las heridas. Por un momento, sentí deseos de cubrirla de besos, pero me contuve. Tenía toda la espalda rasguñada.

- Nada más te lastimaste las pecas.
- No te burles.
- ¿Fue Jacinto?
- No, cómo crees. Me resbalé.
- No me digas mentiras.
- No podía pintar.
- ¿Cómo?
- Ese día no pudo pintar porque le estorbaban mis pecas. Son horribles, tiene razón.
- ¿Y qué va a hacer?
- Quitarlas.
- ¿Todas?

La abracé y se soltó a llorar. Entonces decidí hacer algo. Ya no podía soportarlo más. Jacinto y ella salieron otra noche al teatro, y yo me metí a su casa. Busqué por todas partes algún dato de la familia de Inés, hasta que por fin encontré una tarjeta con un número telefónico. Me despedí de Benito antes de irme, cosa que nunca antes había hecho porque su jaula siempre estaba cubierta por la tarde, y tomé un camión al Centro. Desde un local de por ahí marqué el número, para que no se registrara la larga distancia en mi recibo. No di mi nombre. Sólo les pedí que vinieran a buscar a Inés, y les dije la dirección. A la mañana siguiente salí muy temprano de mi casa, pero no fui a trabajar. Vagué por las calles hasta que ya casi había anochecido, y luego me senté en una escalera a esperar que diera la media noche. Sólo entonces me animé a volver a casa. No había comido nada y empezaba a marearme. Me preguntaba si la llamada habría surtido efecto, y la sola idea me hacía sentir el estómago a punto de estallar. La cabeza no dejó de punzarme hasta el amanecer.

Descubrí que nada había pasado cuando Jacinto salió de paseo con Inés. En la noche, lo vi rasguñarle el pecho mientras ella apretaba con desesperación, entre los puños, el tapete sobre el cual se acostaban siempre.

Casi había dejado de esperar que llegara alguien, cuando me despertaron varias voces discutiendo. Pegué el oído a la pared, pero pronto el escándalo creció tanto que no fue necesario seguir espiando. Tuve ganas de asomarme, pero me faltó el valor. Sólo escuché a Inés chillando que no quería irse, por favor, quería quedarse con Jacinto. Luego, golpes. El sonido de las puertas de algunos vecinos que también habían despertado y sí habían decidido asomarse. Al final, silencio. Sentí como si mi respiración se escuchara por todo el edificio, aún más fuerte que el chirriar del tren. Salí por fin. Jacinto estaba tendido en el umbral de su casa, con la cara manchada de sangre. Algunos curiosos se acercaron. Me enfurecieron tanto que los insulté hasta que se me quebró la voz. Como pude, lo arrastré dentro y lo limpié; le cambié la camisa. Sabía dónde estaban desde el día que busqué el teléfono de Inés, y sólo entonces me di cuenta de lo que había logrado.

Cuando Jacinto volvió en sí, se puso a golpear todo lo que había en torno suyo. Sacó a Benito de su jaula y lo apretó con tanta fuerza que sus huesitos tronaron. Luego lo arrojó por la ventana. Se llevaron a Inés tan de prisa que olvidaron a Benito, y eso no me lo perdonaré nunca. Salí a buscarlo por la noche para enterrarlo en algún lado, pero ya no lo encontré.



Jacinto se encerró en su casa por varios días. En vano intenté hacerlo comer algo. Se negaba a abrir la puerta, y la ventana del balcón también estaba cerrada. Yo le suplicaba que me dejara pasar, que quería estar con él. No había respuesta. Pensé que lo mejor sería esperar, darle tiempo para recuperarse. Sólo así podría tenerlo. A mi edad ya no es fácil que algo así suceda. Pero mi felicidad está con él, yo lo sé.

Unos enfermeros fueron a su casa anteayer. Dijeron que llevaba demasiados días encerrado, pero eso no es cierto. Yo iba a ayudarlo a recuperarse. Sólo necesita tiempo. Me necesita a mí. Desde que Inés se fue no he podido dormir bien. Temo que en cualquier momento vuelva en busca de Jacinto. De sólo pensarlo me dan náuseas. Lo único que lamento de su partida es que lastimaron a Jacinto. No tenían por qué hacerlo.

A Jacinto nadie lo conoce como yo. Ahora que Inés se ha marchado, sólo este malentendido con usted y su gente nos impide estar juntos. Usted parece una persona comprensiva, me ha escuchado con paciencia, y confío en que hará que los demás entren en razón. Este no es lugar para un artista. Es preciso que me deje llevármelo de aquí. Que me devuelva lo que me pertenece por derecho, porque lo gané. Él y yo nos iremos juntos de aquí. Voy a llevarlo a pintar cerca de un río, desde donde se oiga pasar el tren ☉

Este cuento recibió una mención honorífica en el Concurso xxx de la revista *Punto de partida*.



Los lugares

Daniel Mir Elizondo

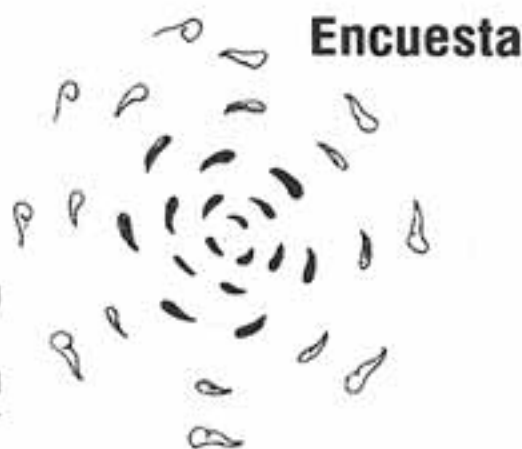
Facultad de Filosofía y Letras

Éste es el lugar en donde hubo llama
y todo fue de repente nominado,
pero la ausencia resplandece en los ecos
en un cañón de ociosidades, de palabras.

Las sombras no son ya los solemnes asideros
que temimos ver pasar sin un retorno.
Los lugares no son deshabitados
cuando otras fuentes los inundan.

Manantial emancipado de corrientes
que busca el antiguo delta ya enterrado;
es un nuevo cauce el que augura cataratas;
el que debe refractar en su avanzada al alto cielo;
viejo río, maduro, navegado, que espera la sequía sin sorpresa.
Los lugares quedan, y las navegaciones seguirán distintos rumbos
para luego apagar todas las llamas.





1. ¿Qué país te interesa de América Latina?
2. ¿Qué nos caracteriza como latinoamericanos?
3. ¿Qué significa para ti ser latinoamericano?
4. ¿Qué nos une más como latinoamericanos, nuestro pasado o nuestro futuro?

1. Conozco a América Latina sólo por lo que he leído, y no mucho. Me identifico bastante con México por su cultura prehispánica.

2. Nos caracteriza tener un idioma rico, pero sobre todo haber sido colonias de países del primer mundo.

3. Vivir en una región que tiene bastantes problemas económicos y políticos.

4. Creo que ambos. Hay un pasado común, que es el colonial. Y en el futuro, todos nuestros países llevan el mismo rumbo.

Guillermina Pérez, 1er. semestre de posgrado, Facultad de Ciencias

1. Me identifico mucho con México por las costumbres, las creencias. Me identifico mucho con el campesino mexicano, porque mis abuelos fueron campesinos. Ahora, con la Universidad, aprendo a valorar esta cultura.

2. Desde el punto de vista político y social, el hecho de ser latinoamericano conlleva cierto grado de inferioridad respecto a otros países económicamente más desarrollados.

3. Para mí es importante porque tenemos una diversidad de ideas, de

costumbres, de gentes, de razas, lo cual hace a la cultura latinoamericana una cultura muy rica. Los países de razas más puras, o los que han tenido menos mestizaje no tienen acceso a la diversidad que tenemos aquí.

4. El pasado: las raíces son más fuertes que el futuro. El futuro depende de nuestros gobernantes, y de lo que nosotros podamos hacer por ese futuro. Si hay educación, habrá más nexos entre toda la gente latinoamericana. Pero si no la hay, lo único que haremos será competir y separarnos.

Luis Javier Ordóñez, 5o. semestre, Facultad de Psicología

1. Me gusta Argentina. Me llama la atención. Conozco gente de ahí, y he visto... no sé... postales. Me atrae.

2. Quizás el conformismo, y desgraciadamente, la falta de cultura.

3. Ser guapachosa, alegre.

4. El pasado. Porque el futuro no promete gran cosa, en cambio nuestras costumbres y hasta la religión son muy fuertes.

Jéssica Rangel, 1er. semestre, Facultad de Contaduría

1. Me identifico con Cuba. Me parece una cultura impresionante. Su socialismo y su valor ante Estados Unidos me parecen padres.

2. Creo que nos caracterizan las partidas de boca que han sufrido nuestros países, y sin embargo tenemos que salir adelante.

3. Un orgullo. Porque tenemos una cultura muy importante.

4. Yo creo que ambos. El pasado es el enlace en el sentido cultural; en el futuro hay opiniones y puntos de vista comunes.

*Berenice Herrera Flores, 5o. semestre,
Facultad de Psicología*

1. Me identifico con todos los países hermanos.

2. La cultura, la religión, ciertas costumbres idénticas y muy arraigadas.

3. Para mí ser latinoamericano es formar parte de una raza de bronce, una raza que fue esclavizada y colonizada por países europeos y por los Estados Unidos. Es mi orgullo: estar luchando para llegar al nivel de los países industrializados.

4. Yo pienso que nos une el pasado porque nos trasciende. En el presente nuestros países siguen la misma lucha para salir adelante, y en el futuro pienso que vamos a estar mucho más unidos.

*Victor González, 9o. semestre,
Facultad de Derecho*

1. Me identifico con México y Brasil. Con México porque vivo aquí, y aquí están mis raíces culturales. Con Brasil porque he estudiado un poco su cultura.

2. Latinoamérica es muy grande. Tiene raíces culturales profundas.

3. La calidez, la cordialidad. La gente de otros países establece distancias muy grandes entre las personas.

4. Las dos cosas. El pasado, porque las raíces son indispensables. El

futuro porque los países latinoamericanos están creciendo, y tal vez juntos.

*Ivonne Bautista, pasante de la
Facultad de Química*

1. Conozco muy poco de América Latina.

2. Siento que los latinoamericanos somos un poco más alegres, somos gente unida, gente oprimida por las potencias. La situación en la que nos encontramos nos obliga a tener un poco de rencor hacia otros países.

3. Es un reto, porque vivimos en el tercer mundo. Esto te asigna una gran responsabilidad para con tu país, porque tienes el deber de sacar a tu nación de este estado. Creo que con esfuerzo y con preparación se podría lograr, aunque a largo plazo.

4. La base de todos los países son sus raíces. Eso es lo que nos mantiene unidos. Pero tienes que apoyarte en una esperanza, en el futuro. Vivimos en países con problemas similares, con soluciones similares. Así que podemos resolver en conjunto.

*Sandra Rivera Velázquez, 3er. semestre,
Facultad de Economía*

1. Me gusta Cuba. Por su pasado, por su gente, el cariño de su gente.

2. Nos identifica la calidez, la alegría, la comunicación, las bromas.

3. Mucha calidez.

4. El pasado, por la colonización. El presente por el idioma. El futuro, porque tal vez se forme una liga como la comunidad europea, para la cooperación entre nuestros países. Sería una buena idea para podernos levantar.

*David Munguía, 7o. semestre,
Diseño Industrial*

1. Me identifico con México. He vivido aquí y he aprendido a querer a este país.

2. Estar muy apegados a aspectos morales. Muy apegados a la familia.

3. El tener sentimientos y valores que en los países desarrollados se encuentran ya en desuso.

4. Veo un futuro en donde cada quién va a velar exclusivamente por sus intereses. En esto, es indiscutible el poderío de los monopolios. Veo más viable el camino de las tradiciones.

*José Isaias Hernández, 3er. semestre,
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

1. Me gusta México, porque somos un puente de comunicación entre América del Norte y Sudamérica. Un puente de culturas.

2. El subdesarrollo.

3. Significa estar orgulloso con mi gente, con mi país, con mi cultura.

4. Nuestro futuro, porque tenemos que retomar el pasado y avanzar, desarrollarnos. Estamos en el mismo camino.

*Miguel Ángel Zarco, 3er. semestre,
Facultad de Química*

1. Me identifico con México, porque siento mucho amor hacia mi país. La música, las costumbres me son entrañables.

2. La gente indígena, la historia.

3. Significa tener historia y cultura.

4. Creo que está habiendo un despertar cultural en México y en América Latina. Tengo esperanzas.

*Éricka Hernández Romero,
1er. año de Preparatoria*

1. Me gusta mucho mi país. Nací aquí, pero no sólo eso me motiva. Siento que la gente de aquí es más cálida que la de otros países latinoamericanos.

2. La lengua, aunque con acentos muy diferentes.

3. No me gusta dividir por latitudes. Creo que todos somos americanos.

4. Ambos. El pasado porque tenemos muchas cosas en común por la era prehispánica, y por la colonia. Y el futuro porque estamos unidos unos a otros: lo que le pasa a un país repercute en los demás. Pero el futuro no es muy halagüeño: dependemos mucho de las potencias extranjeras, sólo aportamos materias primas y mano de obra. Dependemos mucho de la tecnología de punta que nos introducen.

*Agustín Alanís Montes, 9o. semestre,
Facultad de Derecho*

1. Aquellos con los que no me identifico: Argentina, Brasil, actualmente Perú, Chile. Tal vez porque su cultura es diferente a lo que nos tocó a nosotros. Argentina está más europeizada; Brasil tiene otras dos raíces: Portugal y África, que no son las nuestras; en Perú los japoneses han llegado a "movernos el tapete".

2. Todavía no nos establecemos dentro de algo específico. No tenemos una cultura base, hemos sido una mezcla con conflictos internos.

3. Nos apropiamos de cualquier cosa y la asimilamos. Al rato vamos a ser chicano-estadounidenses, una especie medio rara. Espero que no. Éste es un problema de los mexicanos. Los argentinos, los brasileños decidieron hacer su propia cultura, al desprenderse de sus orígenes. En cambio en México hemos dependido de culturas externas, que se establecen pero no se mezclan entre sí, ni se mezclan con los mestizos. Cada grupo racial tiene sus propios espacios, sus propias escuelas, centros de diversión, etc. Están separados.

4. Yo le voy más al futuro. Creo que nos hemos jaloneado mucho en el pasado, y posiblemente en un futuro podamos hacer una cultura más específica, más compleja.

*Diana Luévano, 3er. semestre,
Facultad de Filosofía y Letras*



Versión sacrílega



Miguel Ángel Calderón Téllez

Facultad de Filosofía y Letras

La verdad es que Adán se suicidó
en cuanto supo lo obscuro de su suerte,
y la serpiente se quitó de andar diciendo,
y Eva todavía vaga por el mundo
perfeccionando su venganza.

En cuanto a Dios, él bajó a ocupar
el puesto de Adán
como un abuelo agrio.

Entonces las aguas siguieron su curso,
como venían haciéndolo
desde que el agua es agua.

Y floreció sobre los hombres el aura
de un hongo nuclear;

Y la guerra fue el instrumento predilecto
de aquellas generaciones,
y el nombre que a ella daban;

Y nada pudo remediarse desde entonces;
y los manzanos todavía no se explican.



Multi fax



ético

Roberto García Bonilla

Posgrado, Facultad de Filosofía y Letras

El tiempo consume tras hacemos consumir alguna adición; ríos en vertientes de mar abierto, navegables con la complacencia del viento.

El silencio: las ausencias son también insultantes declaraciones de una vida emergente con albas que sumergen memorias enaltecidas.

La conciencia, como dijera el progenitor de Emma Bovary, es pura vanidad.

Los caminos recorridos son ogros vigilantes de una procesión ordenada en erupciones sin lava que han de tener nuestros cataclismos, desde la misma procreación en instantes de azar. Si la

consumación llega, será con fuegos artificiales, rodeando volcanes durmientes.

Sonidos, signos y sus representaciones son emisarios que nos azuzan mientras navegan a la deriva sin más brújula que el arcoiris.

¿La realidad? Huellas borrando traspiés; pasos sepultados con el postrer aliento de la espera. Nos hundimos, deseamos engendrar omóplatos angelicales. Añoramos alturas astronómicas, iluminados con el placer en su abandono; deseamos ser ángeles orgiásticos.

Destinos. No hay remedios ni vestigios de huellas a la intemperie. Queda tan sólo el cobijo de esa sombra perpetua. El sueño. Ahí palabra y cuerpo se encontrarán ya sin cópulas promiscuas; entonces, los cuerpos y los infinitos timbres de la voz tendrán el mismo nombre.

¿Hechos? Definir con obstinación las cosas y sus excrecencias: esculpir vidas sin modelos, lejos de la destreza del artesano, sin la magia de los prodigios; tan sólo aliados a la terquedad de las bestias. Somos mamíferos, y de las aves tan sólo ilusión de ojos ante el goce del vuelo intentado. En algún crepitar, quizá, alcanzaremos el sueño de los caídos ☉

Ensayo



La Dirección General de Incorporación y Revallación de Estudios de la UNAM convocó el año pasado al concurso "Con tu pluma: Cuento, Ensayo, Poesía y Diseño".

Publicamos aquí los trabajos ganadores, elegidos entre 191 participantes. Fungieron como jurados los maestros Juan Coronado (área de cuento), Gustavo Vargas Martínez (área de ensayo) y Daniel Olivares Viniegra (área de poesía).

El origen género



Una sociedad cuyo modelo caballeresco ya ha sido presa del bufón Cervantes, busca forjar su nueva armadura en una fragua quemante. Esa multitud de ansias por narices respingadas, mejillas tatuadas con sudor de rosas y caudal de sangre jerárquica, no parece tener pórtico de entrada con el alfa hundida en el centro, sin posibilidad de horrarse y un letrero colgando impregnado con las causas del póstumo laberinto. Es certidumbre que el tiempo, tiempo es, y no tiene piedad por el hombre. Si bien la música es una de sus formas, como diría Borges, el tiempo ni a los ritornelos perdona.

Debemos tomar en cuenta que no existen sociedades inertes, hecho hábilmente metaforizado por Bocángel:

"el agua siempre es eterna,
pero nunca se repite."

De esto diría José Antonio Maraval: "La mudanza es pues, un gran tema barroco. Poetas y moralistas lo ponen de relieve. Los políticos y los economistas echan mano de él para explicar los declives de los estados."

A esta frase daría concreta conclusión Lope con un dúo de versos:

"la celeste armonía
en mudanza se funda."

De aquí que ese pasado custodiado por querubines haya emergido con tal sutileza del período renacentista, que todo él se vea difuminado como una sombra al óleo, pero como ya lo mencioné: sin conocer el impulso artístico de esa obra. Entonces, ¿cómo desnudar el vacío que muchos explican como



del barroco.



Íñigo Ahedo Rosada

Colegio Vista Hermosa

*Hay más cosas en el cielo y la tierra,
Horacio, de las que sueña tu filosofía.*

William Shakespeare

una repetición del modelo medieval sumamente alejado del renacimiento? Y si bien no hay pues una voz que exponga la génesis de este género, ¿cuál es la razón del ser barroco?

Tapié remarca que el barroco es la expresión de una sociedad, es decir, que el barroco es el producto de las circunstancias de una sociedad. El dilema es si el barroco es una cultura que se forma en dependencia de una sociedad, o una cultura que surge para operar a una sociedad.

Sabemos que hablamos de una sociedad tradicional y conservadora, que inevitablemente tiende a la innovación a causa del empirismo del siglo renacentista. El acertijo a resolver es: cómo se le pudo haber adherido tanto poder y complejidad

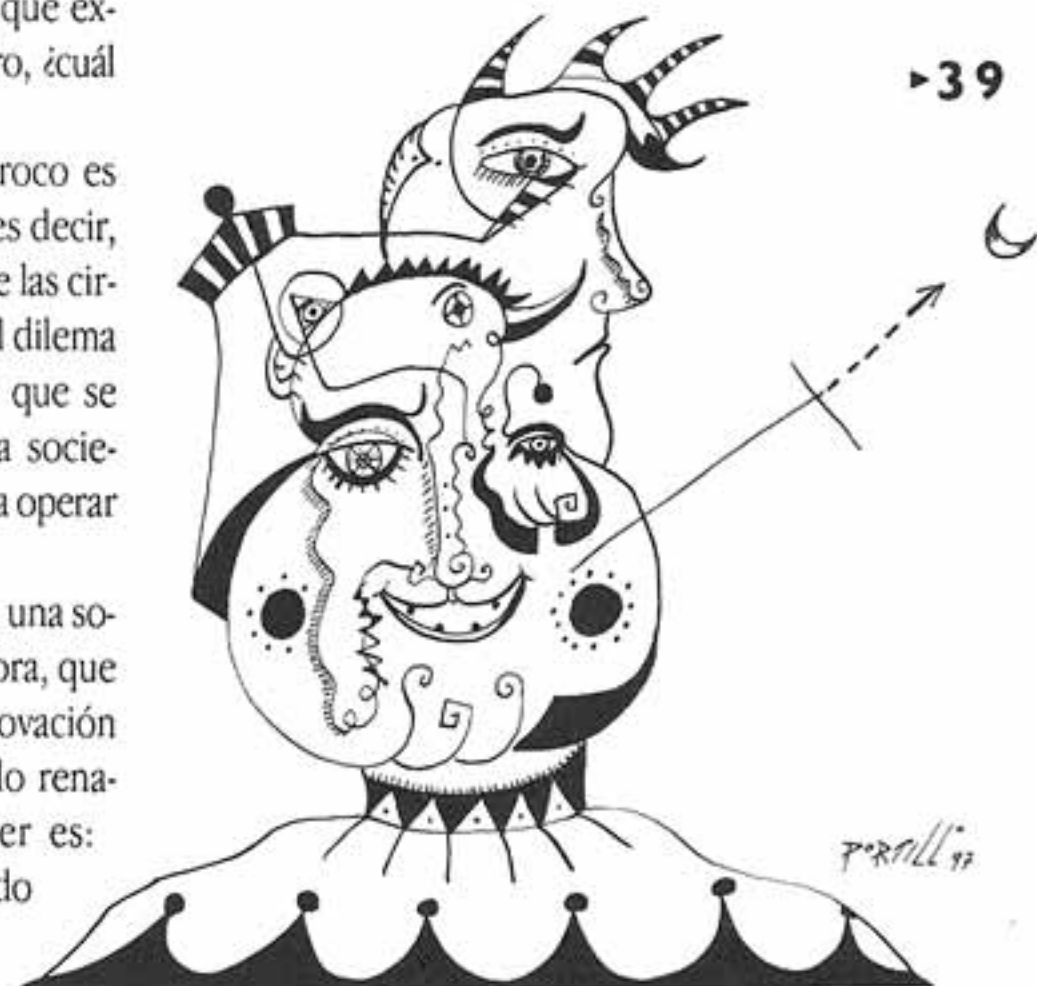
artística a esta sociedad que corresponde perfectamente a la teoría de Jean. P. Rapterbendt:

"Certainly, cultures have a tendency to generate a subit eruption not foreshadowed previously by any element, but announced and created by unexplainable things."

Rapterbendt acierta diciendo que en las culturas no existe elemento alguno que prediga la reacción que inexplicablemente emerge y llega a su cúspide. Factores que cooperan para formar este ambiente de dudas son el problema económico del siglo XVII, la controversia en cuanto a la premisa etimológica de la palabra "barroco" y la testarudez centenaria que refleja este período, pues rompe los límites de la exageración que trasciende francamente las fronteras humanas.

En el plano humano no parece lógico que una cultura drene tan fácilmente la libertad inspirada por el renacimiento, considerado como el predecesor directo de éste.

La innovación del renacimiento, retomada por el barroco, no es desbordante; al contrario, es selectiva y limitada.



De aquí pues que deduzca que el barroco es una cultura que surge para operar una sociedad, cultura a la que se refiere Ph. Butler diciendo: "es profundamente conservadora o más bien reaccionaria." Así pues, necesariamente tenemos que referirnos a un factor externo, que trunca lo "inexplicable" en la teoría de Rapterhendt.

Con esta base abordé una ruleta azarosa que me tentó a caer en un sinnúmero de especulaciones. Así encontré que los símbolos primordiales del regalo barroco eran la serpiente, la paloma, la zorra y el león. Su predominio se manifiesta en todos los ámbitos artísticos, hasta la música, en la que se aborda abstractamente al sonido como símbolo de cada creatura. Proseguí a deducir que la importancia de estos elementos radicaba en su perfecta combinación (que evidentemente forma el arte), es decir, una mutación de los símbolos. Y logré consumir dicha deducción, arrastrando un mar de antecedentes, en una preciosa gota de palabra rasposa: "alebrije".

¿El barroco se forma en dependencia de una sociedad o surge para operar a ésta?

Posiblemente este término parezca nuevo para el lector, aunque supongo que ya habrá comenzado a deducir su significado por mi previa y escondida explicación. Los alebrijes son mutaciones de especies, y consecuentemente de sentimientos. Los alebrijes son seres complejos, más complejos que la mente del hombre (por lo cual, deduzco, a éste le parece difícil imaginárselos) y más variados que la raza de dicho ser. Los hay luminosos y oscuros, pero se dice que la mayoría albergan eternas

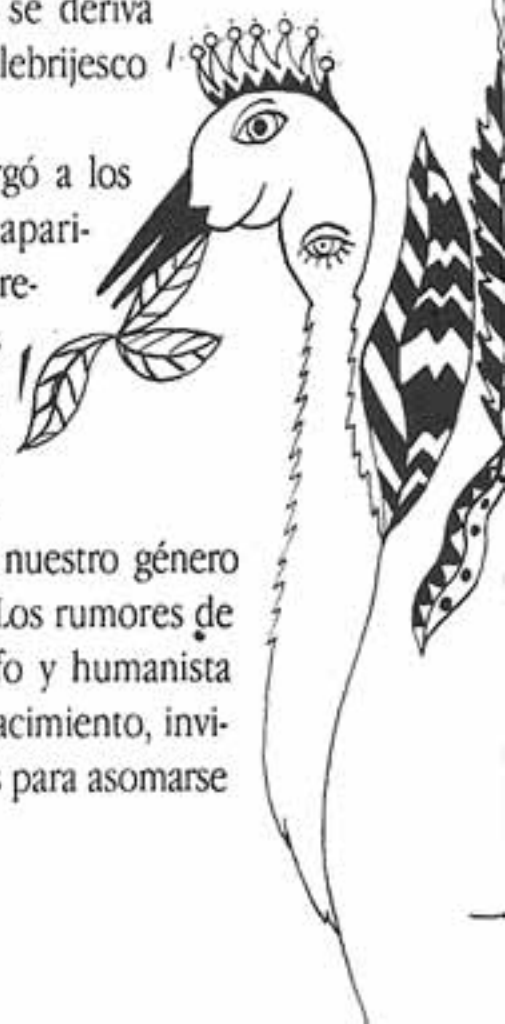


familias de componentes cromáticos; es decir, son una especie de bodegas fotónicas para espectros disfrazados y automóviles.

Los alebrijes gustan de mascar cebolla, porque aman el sonido de su crujido, y saborean el piloncillo, esa azúcar como petrificada pigmentada con un tono café oscuro. Además les fascina reposar sobre los tapetes persas, porque ociosa y testarudamente buscan la entrada y salida a esos tejidos laberínticos a los que alguna vez dieron vida *Las mil y una noches*.

De aquí pues se deriva mi Teoría del alfa alebrijesco o Teoría 2A:

La Tierra albergó a los alebrijes desde la aparición del hombre, y reposaron por siglos en lugares comunes, esperando el momento exacto para exponerse ante nuestro género con toda plenitud. Los rumores de ese hombre filósofo y humanista que soplaba el renacimiento, invitaron a los alebrijes para asomarse



al mundo. Como dije, alegorías de esta estirpe, eran pues objetos comunes quienes los parieron como perfectas madres, promoviendo su churrigueresca salida al mundo después de aquella gestación que parecía eterna.

Una salida espiralada, un grande y pomposo festín, una figura adornada cuya salida pregonaba secretamente el aire con una invisible hilera de trompetas que consumía el infinito.

¿Cuáles eran pues esas cáscaras que les defendían contra el tiempo, una suerte de espacio materializado con dimensión?

En parte, la pasión de Carpentier lo expone bien:

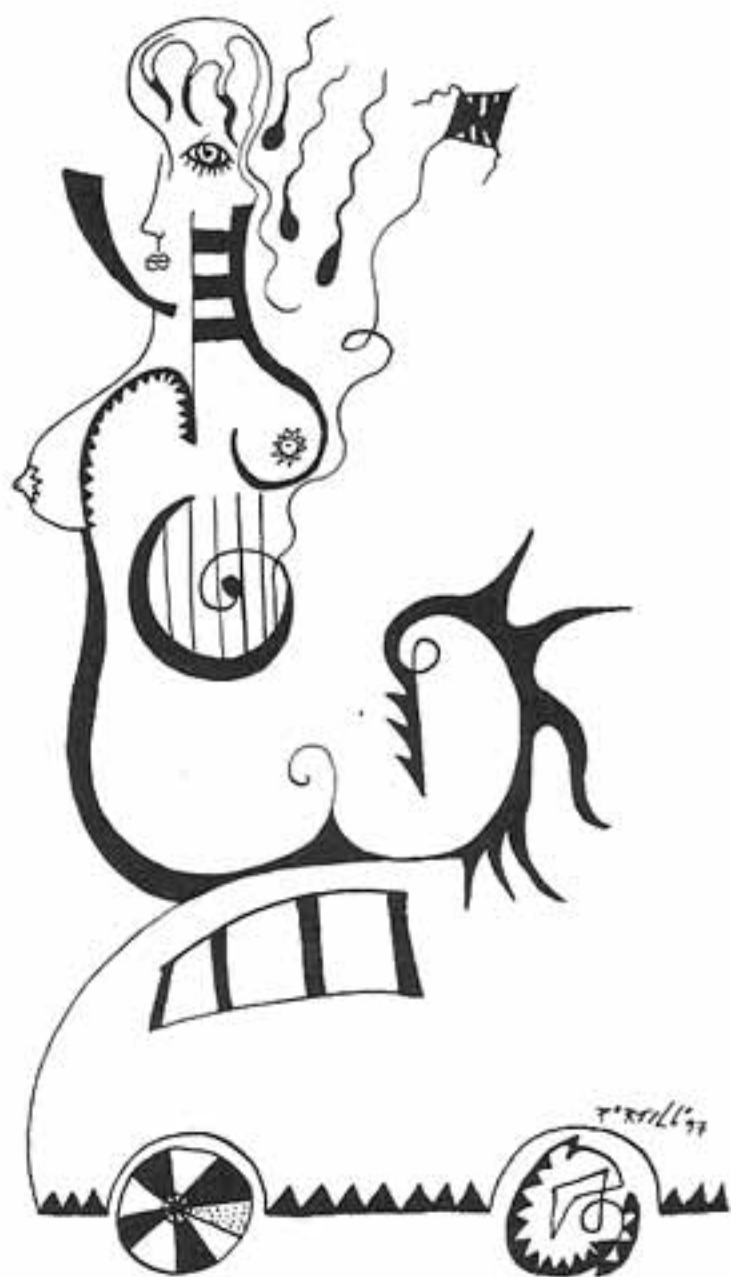
“De plata delgados los cuchillos, los finos tenedores, de plata los platos donde un árbol de plata labrada en la cavidad de sus platos recogía el jugo de los asados; de plata los platos fruteros, de tres bandejas redondas.”

Cabe señalar también que, apartados de la pasada vajilla plateada, los alebrijes también salieron de las velas, de los yunques, de los candelabros, de los charcos estancados, y de las botellas de vino como ensangrentado después de una cruenta batalla con el añejamiento. Y al salir, buscaron poblar la Tierra. ¿Cómo iría a reaccionar el “género racional”? Sin rodeos, este encuentro parecía un maquiavélico festín de trovadores de muerte.

El mismo hombre creyó que vivía en un pueblo de visionarios, pues todos coincidían en que esos seres se podían ver, pero no creer.

El hombre archivaría este hecho bajo la capa de la ciencia y la religión, un mundo de hechos que se han desprendido de su singularidad, generalizados, desrealizados, como una esfera fantasmal. Así es entonces la ciencia, una presa para la sinonimia del artificio. De manera que este hecho, visto desde el “an-

tejo” de Galileo, sería un paisaje mitológico. La ciencia, siendo netamente empírica, no tiene elementos para catalogar esta invasión. Bien dice Mara-



val que el barroco no es racionalista, pero emparentado —por época y por los objetivos a alcanzar— con el pensamiento racionalista, se sirve de procesos parcialmente racionalizados, de las creaciones técnicas y las calculadas que ellos derivan.

“Yo, viendo la obligación en que te pone el retiro que profesas, de saber los secretos escondidos de la gran naturaleza”

Si bien esta escasez de explicación científica nos sirve de muy poco, el último recurso para el hombre barroco es la religión. Por ahora la religión no se impone sobre la ciencia, sino que todo se concibe como desarrollos paralelos. Existe una limitante en el pensamiento, pero a la larga se prepara esa tendencia para no tratar a la imaginación

como la perversión asentada en lo prohibido.

La Iglesia temió que esta invasión fuera una lluvia de actos profanos, o una revelación plena de Satanás (que con tanta enjundia se representa en el barroco). La idea más confiable era la de una posible profetización apocalíptica que se atenía letra por letra a las Sagradas Escrituras:

"Entonces vi subir del mar a una bestia con siete cabezas y diez cuernos, en los cuernos diez coronas y en las cabezas títulos que desafiaban a Dios.

car a Lucifer. Ciertamente este veredicto fue una falsedad, por el simple hecho de que teológicamente no se reconoce al barroco como el fin de los tiempos o el futuro que profetiza la Biblia.

No obstante, existen letras amaestradas sobre la situación que se vivía en el barroco. Céspedes dijo:

"No vió el orbe más depravado siglo."

El testimonio de Quevedo no podría faltar, y se refiere obviamente a las circunstancias de su propia actualidad como "los delirios del mundo que hoy parece estar furioso".

Para complementar, sería oportuno plasmar el comentario de Calderón:

"la muda naturaleza
de los montes y los cielos,
en cuya divina escuela
la rethórica aprendió
de las aves y las fieras"

Ante la estimulante duda entre evanescencias, sordinas, luces ocres y tristezas de moho a la sombra de los puentes abiertos, el hombre no vió más remedio que devolver el fenómeno a su lecho. Ya lo dice el refrán popular: "zapatero solía ser, vuélveme a mi menester." De manera que se inició aquella persecución, a la que el apocalipsis podría estarse refiriendo en el caso de la interpretación Papal.

Las calles temblaban a causa de que las mujeres corrían con veladoras y los hombres llevaban las botellas de vino al frente como si fueran espadas. Una escena chusca semejante a la pamploñada, fiesta en honor a San Fermín. Y los caballos jalaban carretas con yunques, como si fueran cañones ansiosos por ser disparados. Disparos de agua encharcada salían de las ventanas, arrojados con todo y la vajilla de plata.

La reacción de los alebrijes fue correr, cosa que en parte parecía benéfica para aquellos que aún no salían del estancamiento científico de que la Tierra era plana. "Correrán tanto que se diplomarán en el fin del mundo."—decían—.



"La bestia que yo veía era semejante a una pantera, aunque tenía patas de oso y boca de león. El monstruo le entregó su propio poder y su trono, con un imperio inmenso. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada. Entonces la tierra entera, maravillada, siguió detrás de la bestia."

Esta especie de súbita parusía no llevó a la Iglesia más que al fortalecimiento de una inquisición bordeada por sortilegios de defensa, que privaba al hombre de todo lo que le pudiese acer-



Bien podemos considerar al barroco como una cultura urbana; si a esta urbanidad adherimos lo que se podría considerar una delta eclesial, invariablemente toda ciudad barroca tiende a desembocar en un templo católico. Por ello es que los alebrijes toparon con la fachada de la iglesia y

no tuvieron más opción que trepar, permaneciendo ahí sujetos. Con el tiempo adquirieron el color y la textura de la piedra, y allí quedaron asentados. De allí que las fachadas barrocas parecen lanzarse sobre el espectador; porque los alebrijes son pesados y no saben cuánto tiempo resistirán allí sujetos.

Las espaldas de esta manada fueron seguidas por otras de la misma estirpe que, al ver las fachadas pobladas, penetraron al santuario y se asentaron detrás del altar. Como la intemperie no les molestaba y la luz que entraba a través de las cúpulas les pulía las espaldas, obtuvieron la apariencia de fino oro. Ya lo explica con plena exactitud el verso de Jáuregui:

“así con una causa el barro i cera siguen discordes fines y contrarios: una se ablanda i otro se endurece, si a un tiempo el Sol en ambos resplandece.”

Otro grupo de alebrijes logró trepar al nivel del coro y se refugió en las pipetas del órgano. Allí se quedaron dormidos, como en trance, pero la in-



tervención Papal tuvo que actuar de inmediato con el pretexto del exorcismo. En efecto, los alebrijes podían ser despertados por la entonación de cualquier tono menor. La inquisición decidió que ardería en llamas aquel que ejecutara "el tono prohibido" o "despertador del diablo". Organistas herejes



convirtieron la vanidad alebrijesca en tiempo. Eran las famosas "fugas". Las pipetas escupían las voces de los alebrijes con la tradicional forma espiralada que se reventaba al chocar contra la bóveda.

La explicación demográfica que sufrían ya los templos, obligó a los demás alebrijes a buscar nuevos refugios a base de ingenio e instinto de supervivencia. Un alebrije penetró al teatro, cabe ahora recalcar la preferencia de los alebrijes por los objetos eróticos. De manera que este alebrije parado junto a las faldas del telón, quedó enamorado

de la actriz principal. Fue tal su impulso por poseerle que, tras un salvaje salto, se adentró en el escote de su vestido y le perforó el vientre, penetrando hasta el cuello y acoplándose perfectamente a la forma de la tráquea. El chillido de un alebrije es bello, se pierde en el viento porque éste se lo roba celosamente. Éste se podría considerar el primer factor para el nacimiento de la ópera, aunque la actriz, presa de este atentado ceremonioso, no podría ocultar el pecho abultado que tal acontecimiento le había dejado y que la genética se encargaría de propagar por los siglos siguientes.

Dentro de esta misma edificación permanecieron unos alebrijes que al ver la llegada de la gente, copiaron las figuras de los actores del estrado y se convirtieron en pantomimas petrificadas, con esa teatralidad singular que les caracteriza, aunada a los numerosos pliegues. Ciertamente su papel estaba en "fingir lo natural."

Los hastidores aceitados se presentaron como un blanco para esconderse. Los alebrijes se revolcaron en todo ese líquido viscoso, chamuscándose, aplastándose. Dieron pues mayor profundidad y luz a aquellos planos de tela que mostraron y plasmaron las escenas violentas de las que había sido presa tal superficie. E.W. Hesse habla acertadamente de la "estética barroca de exageración y sorpresa, inventada para asombrar al público" y es complementada por las "fieras actitudes" de las que habla Ph. Butler. Como dirían escritores barrocos: "la fuerza de la pintura está en la posibilidad de captar la vida."

El hombre continuó su incesante y aferrada persecución, los alebrijes entraron en las bibliotecas, y no encontraron donde esconderse. Abrieron un libro, por su tamaño parecía demasiado pequeño. La pulpa de las hojas se veía impenetrable. Se necesitaba orden, y se comenzaron a formar en filas de catorce, perfilados al canto de los li-

bros. Un pelotón de hombres entró a las bibliotecas, los alebrijes extinguieron sus orejas de fuego y brincaron, estrellándose contra el papel. Las pantorrillas mostaza de otros se inflaron como globos aerostáticos y el salto dibujó una parábola perfecta. El pomposo clavado de los de piel enmotada penetró en las hojas como un delfín en el agua. Unos pies como de salamandra se escucharon crujir, el ciclo estaba por completarse; un cortesano robusto de medias blancas y pelo blanco con zapatos de hebilla levantó su voluminosa mano. Parecía un aerolito precipitándose sobre la pasta de este libro. Treinta alebrijes desocupados le brincaron al cabello y con éste se embalsamaron, girando como tornados, haciendo un capullo. Todo era una farsa, el hombre no reaccionó por dolor, sino por vanidad, aquello era una vil peluca que cayó al suelo. Desde entonces, los aprendices que le vieron usaron pelucas blancas con churros de cabello para reparar la indignante acción que habían presenciado. El cortesano recogió su peluca, la

colocó en el lugar adecuado y sin titubeos vertió pasmo en las hojas y cerró el libro, aplastando a todos los alebrijes. Volvió a abrir para cerciorarse de que estuvieran bien muertos y se encontró con una selva de metáforas tan ordenadamente colocadas y con un ritmo tan patente, que aquellas letras garigoleadas recibieron el nombre de sonetos, manera en la cual los grandes escritores barrocos escri-

birían sus sentimientos a manera de copia, y reportarían sus vivencias sobre este suceso.



FORILL 97

Tras ese imprevisto aplastamiento, los alebrijes se desinflaron, chorreando todos sus jugos internos en las pastas de las hojas, que tendrán ese olor por los siglos hasta que se reconviertan en polvo.

Así fue pues el resultado: "letras ensalsadas por pámpanos y yedras, que en muestras de fina pintura pregonaban los méritos de las joyerías."

Cerraron pues, con la pasta, el origen del género barroco. Los últimos alebrijes se resguardaron en los guardapolvos de las casas, y se dice que salen de vez en cuando a buscar cebolla o piloncillo.

Marco pues una reverencia al destino, que forja la historia, y recalco una frase no tanto final, sino introductoria al mundo de lo que no se atreve a ver ni la memoria, por defender vuestra supervivencia y gloria:

Que no hicieron los cielos la violencia tan absoluta (y más si la arma el viento) que no la venza el fin quien la obedece.

Bocángel ©



FORILL 97

punto

de PARTIDA



Poesía



Las noches de soledad

Jorge Jara Morales

Instituto Latino de México

I

Olía a almizcle la oscuridad enhiesta,
y esa noche las palomas
se ocultaban en las hojas.
Caían los ruidos del mundo
y otros, más sutiles, más despiadados,
se levantaban,
como los muertos se levantaban,
como los animales de sombra
y las estrellas y la luna,
y las ánforas de tiempo y aguardiente y sueños,
como los peces se levantaban,
como el aire;
de noche el aire
se vuelve más ligero y respirable, delicioso
como en un bosque,
y entonces podemos echarnos dulcemente a morir,
olvidando nuestras culpas,
simplemente a morir.

Para eso,
para estar tranquilos,

fue que Dios inventó la noche,
y para arder sin calcinarnos,
para confundirnos con las sombras y silencios,
con el mundo,
para desatarnos del papel de humanos.

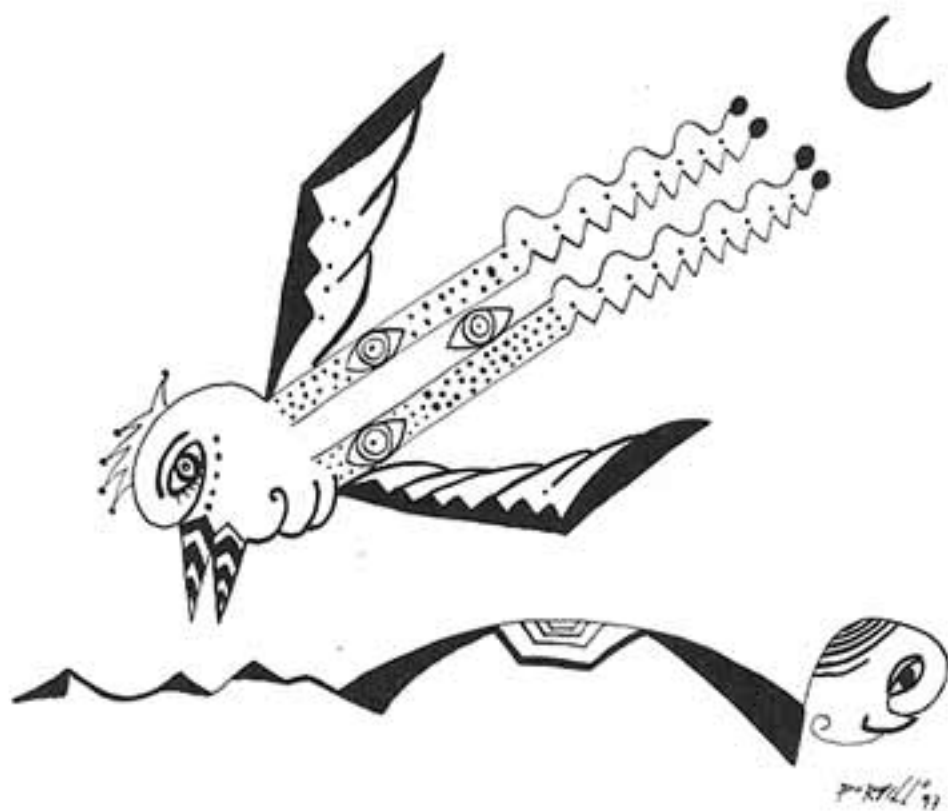
Llevaba años de estar solo,
de vivir en esa soledad
que en las estrellas nocturnas crece, se multiplica,
en esa que habla con voz oscura y honda al ancho oído
resumiendo la vida al frío y al sereno
que nos toma por sorpresa y nos empapa.
Pero nunca llega a ser cruel esa soledad,
la soledad nocturna que es, por el contrario,
maravillosa compañía consejera.

Sin embargo,
cuando más amaba esa bendita soledad,
una sombra como yo, pero distinta,
con luz propia y lacerante
en su mirada franca,
una sombra, una mujer,
rompió el sosiego
de mi amorosa alma eremita.
En ese mismo instante
me envolvió con su filo
el grito del lobo,
y lleno de miedo cerré los ojos
queriendo volver a verla.

2

Se fue la luz con el día,
y ya en aquel anonimato, me puse a pensar en ella.
Aquella falta de luz
—que nunca fue oscuridad

► 47





sino simple falta de luz—
golpeaba incesante mis miedos.

Por primera vez,
mi soledad nocturna me atemorizaba.

Cualquier día pude decir te extraño
y aparecerla,
pero no la extrañaba,
era simplemente que su visión
(mi visión de ella)
había anidado en mis ojos
y temblaba.

3

Debí saberlo,
algo en la noche me faltaba,
pero cómo adivinar que era su cuerpo.

La encontré tendida sobre la yerba,
bajo el peso de su desamparo y su nostalgia.
Al acercarme,
vi lágrimas livianas y sentidas
descendiendo de su rostro y madurando flores.
En sus manos,
los tendones agarrotados hacían visible
su renuncia al amor,
y en su pecho, torvo felino dormitando,
en su blancura y en su boca.

Te estaba esperando, dijo ella,
y respondí que lo sabía,
y tomé su mano,
y cerré sus ojos con un beso.

4

Ella no sabía que el amor
podía resucitar lo mismo que mataba.

Despertándose, despacio,
mientras con ternura curaba mis heridas,
y yo quitaba la polilla de sus alas,
su cuerpo fue soltando nuevamente su frescura
y abriendo sus bocas al deseo.

En una explosión furibunda
nuestras almas tocáronse en un punto,
y nuestras ganas,
y nuestros flujos.

En el dolor más dulce
nos prendimos al aire y elevamos,
nos desdoblamos a la atmósfera abundante
abordando un agónico animal
con trinitarias brotando de sus poros,
con un vaivén de mar inquieto
y un gemido febril y poderoso
aullado desde el vientre.

Nos venimos montados en el viento,
cabalgando el viento
nos amamos.

Nos rendimos al silencio
porque en ese momento
cualquier palabra habría sobrado.

Sólo con sangre supe que su llanto era pureza,
y un anhelo incumplido su desdicha,
y el amor que hicimos, su promesa;
era un gusano solitario
que hoy se ve y se admira,
se sabe mariposa;
era las alas del deseo,
enamorado enamorando,
germinando el amor.

► 49

5

Todo era reductible a sus pupilas,
a sus manos, altar de mis ofrendas,
a su sonrisa hermosa.

Todo se tornaba ingravido
cuando lo tocaba con la tersura de sus manos.

Todo era posible, como mirar la luna
y encontrar allí la piel perdida.
Yo solía cortar su pecho,
abrirlo con las tenazas de mis ojos
y extraer de él la maravilla.

Ya ninguna tormenta
podía apagar lo que habíamos encendido.

6

Entonces nos aficionamos al río
que bajaba desde el pueblo.
Allí pasábamos las tardes
olándonos a sándalo y a insectos
y a aves del paraíso y a eucalipto,
junto al canto de unos pájaros
que nunca pudimos encontrar.

Un día, el río —agotado— se quedó inmóvil
para retratar nuestro reflejo.

Mira, le dije, si metes tu mano al agua
brotarán de entre tus dedos, al ritmo de tu amor,
ondas que se esparcirán hasta perderse
eternamente.

—Y como el agua es el amor.

—No, como el agua eres tú,
el amor es eso que penetra
y las ondas que se esparcen
a perpetuar tu muerte.

7

Una vez
desperté solo y regresó muy tarde
con una jaula en la mano
y una rosa dentro de ella.

—A partir de hoy, esta rosa será
el símbolo del amor que nos ha unido,
y la jaula el Dios que ha de seguirnos.

—¿Para qué un símbolo?

—Para que ese Dios tenga un templo
al que acudirá a adorarnos.

—¿Para qué un Dios?

Entonces plantó la rosa en el río
y se llevó la jaula muy, muy lejos,
hasta que pudo olvidarla.

8

Otra noche,
bajo la palidez más cruel que dio la luna,



en la inmensidad de la nada
y del silencio, dijimos:
al demonio los artificios,
estamos juntos,
solos con nuestro amor,
con nada más y contra nada,
estamos solos
tú y yo
(desde la oscuridad,
el coro de la multitud se levantó
para clamar:
Amén).

9

Lo supe mientras dormía.
En mi sueño,
una estrella como un pegaso
bajó,
y con resplandor insoportable
lanzó un rayo al vientre de ella
dejándole tatuada una manzana.
Horas después, al despertar,
lavé su estómago con agua,
no bendita pero pura,
y puse un beso donde antes
el rayo le había puesto la manzana.
Iluminó mi rostro con la luz de su sonrisa
cuando escuchó a mis labios anunciarle:
tendremos un hijo, amada mía.

10

Soledad

Así la llamamos,
y hoy asiste al jardín de niños
con otros niños que no la escuchan.
¿Quién iba a escuchar a una negrita
que cuenta cuentos de pegasos
y mujeres con serpientes por cabello?
¿Quién iba a escucharla,
quién iba a quererla tanto?
Sin embargo, algo en la luna y en el sol,
y en la aurora diaria y en el viento,
algo en mis sueños
me dice que han de quererla.
(¿La habrán de querer?)

¡Bienaventurado aquel
que a un ángel quiera! ☉

► 51



Cuento

Lila o el otoño

Rodrigo Pérez Sansores Mondragón

Centro Educativo Jean Piaget



Todo fue muy extraño. Ahora que lo pienso, ahora que todo ha pasado, todavía me cuesta trabajo entenderlo.

Todo cambió cuando ella vino. Realmente ella era muy extraña. Su rareza siempre me desconcertó y creo que por más esfuerzos que hice, lo único que logré retener de ella fue su misteriosa presencia. Pude captar ese algo que tenía en su persona y que yo sé bien que existía, pero que no me es posible definir con facilidad.

¿Cómo era ella, por qué vino?

No puedo explicarlo claramente. Tengo miedo de llegar a perder el extraño y grato sentimiento de su presencia al tratar de hacer una explicación concreta. Yo sólo sé que las cosas nunca habían sido así y que nunca volverán a ser iguales. Esto sucedió en mi vida y no se puede relacionar con nada más.

Fue un otoño. Un otoño intenso, único, vivificante y para mí no volverá a haber otros otoños; al menos no como éste.

La necesidad de pensar sobre los últimos acontecimientos de mi vida, de hacer una recapitulación sobre ellos y de trazar planes futuros, me condujo a tomar un largo descanso en la costa. A últimas fechas mi actividad como escritor había decaído. En un período casi febril había escrito mucho y llegó el momento en que me costaba bastante trabajo ordenar mis ideas. Había llegado al punto en que me resultaba muy difícil escribir cualquier cosa.

Por otro lado, aunque estaba obteniendo muy buenas utilidades con lo que habían publicado mis editores, no me sentía satisfecho con mi estilo. No porque fuera malo, ya que mis libros cada vez tenían mayor demanda. Precisamente éste era el punto crítico. En mí estaba surgiendo una fuerte necesidad de cambiar. Era el momento adecuado y sabía que podía hacerlo. Pero, ¿cómo?

Tenía la sensación de que mis sentimientos, pensamientos y actitudes ante la vida habían sufrido sensibles modificaciones. Ya no me interesaba escribir para complacer a los grandes y eternamente insatisfechos grupos de consumidores de lectura. Mi necesidad de crecimiento me llevaba a buscar una disciplina moral, mental y espiritual que nunca había tenido, o cuando menos, que nunca había experimentado conscientemente.

Por otro lado, también quería escribir obras más profundas, de mayor contenido, a pesar de que sólo llegarán a una minoría, cuyo valor estribaría en ser más selecta.

Tenía la impresión de que en el pueblo me iba a encontrar con algo muy especial. Sentía un poco de miedo y a la vez curiosidad.

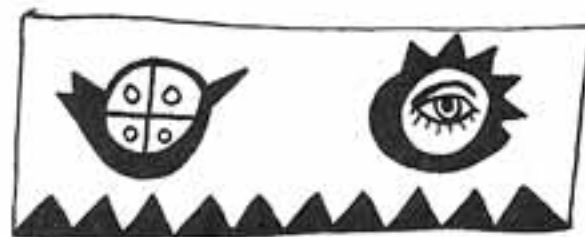
Aunque irradiaba juventud, se sentía en ella una nostalgia formada por muchos años de sufrir y callar

A cada momento era más fuerte el vértigo que me producía la proximidad del tren a Santa Cruz. Mis recuerdos me asaltaban violentamente. Mi infancia, con sus árboles, con sus ríos, con los mágicos cuentos de la abuela, con las horas dormidas del atardecer, con su olor a polvo y sus sonidos lejanos y con la larga espera para empezar el juego. Mi adolescencia con los sueños, los amores furtivos, los versos, las largas caminatas en las tardes de lluvia, la fantasía y los asombros y las interminables meditaciones nocturnas. Y después, todo aquello que me llevó a Santa Cruz, lo bueno y lo malo.

Todos estos recuerdos, todos juntos, inseparables, de golpe me invadían, me asaltaban y me hacían sentir indescriptibles emociones.

Algo me hacía pensar en un principio que iba a encontrar esto y ahora ya lo estaba encontrando. Me estaba encontrando a mí mismo y precisamente como yo quería.

Santa Cruz es un pueblo quieto, muy tranquilo, ideal para el descanso. La gente vive de la pesca y de un incipiente comercio. Las casas de la gente del pueblo se encuentran apiñadas



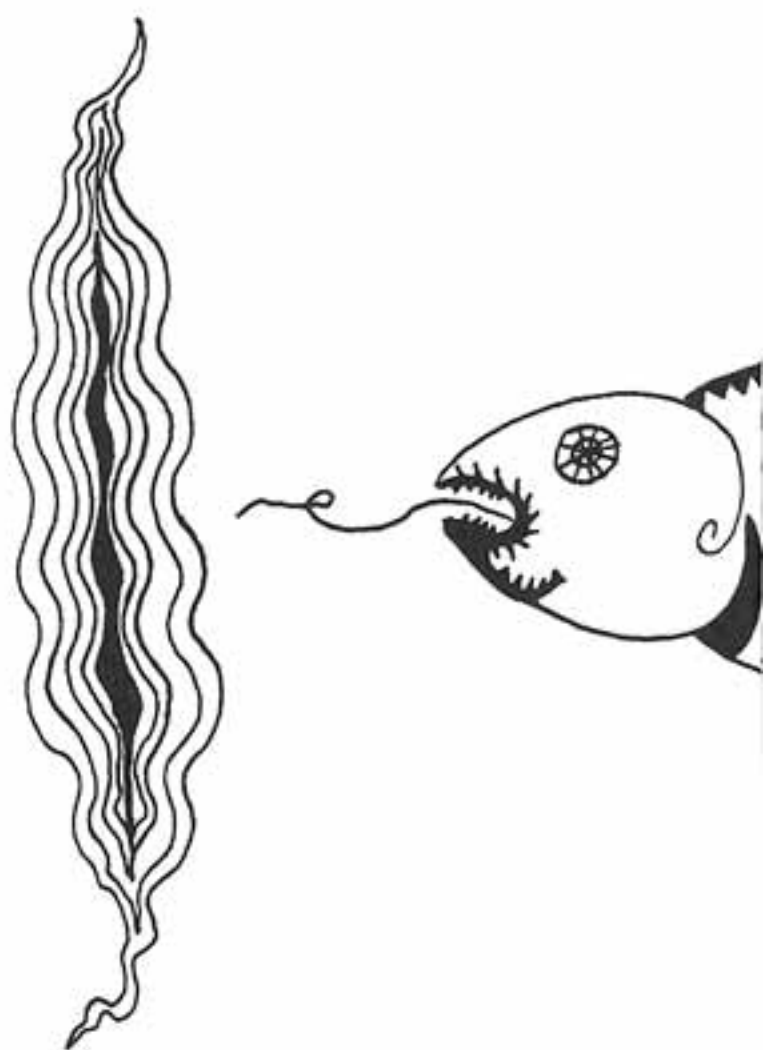
muy cerca del mar. La mayor parte de ellas son limpias, frescas y están pintadas de blanco. En los alrededores del pueblo, en las partes altas, se localizan las casas de descanso de la gente de la ciudad.

En esta época del año el mar en Santa Cruz tiene una coloración verde oscura. Las gaviotas en multitudes revolotean excitadas llevando a cabo una danza frenética sobre el mar y la playa, presintiendo el cambio de estación y anunciando su deseo de emigrar con fuertes chillidos.

La humedad invade al pueblo y el clima es muy fresco.

La casa que alquilé estaba situada en la parte más alta de los alrededores y desde ahí se podía ver el caserío y el mar.

Me gustaba mucho observar una parte en especial, en la cual se alzaban enormes formaciones rocosas azotadas por las olas en su constante ir y venir. Entre este punto y el caserío se localizaba el lugar en donde los pescadores guardaban sus embarcaciones y los implementos que utilizaban para la pesca. Para llegar a la casa que alquilé era ne-

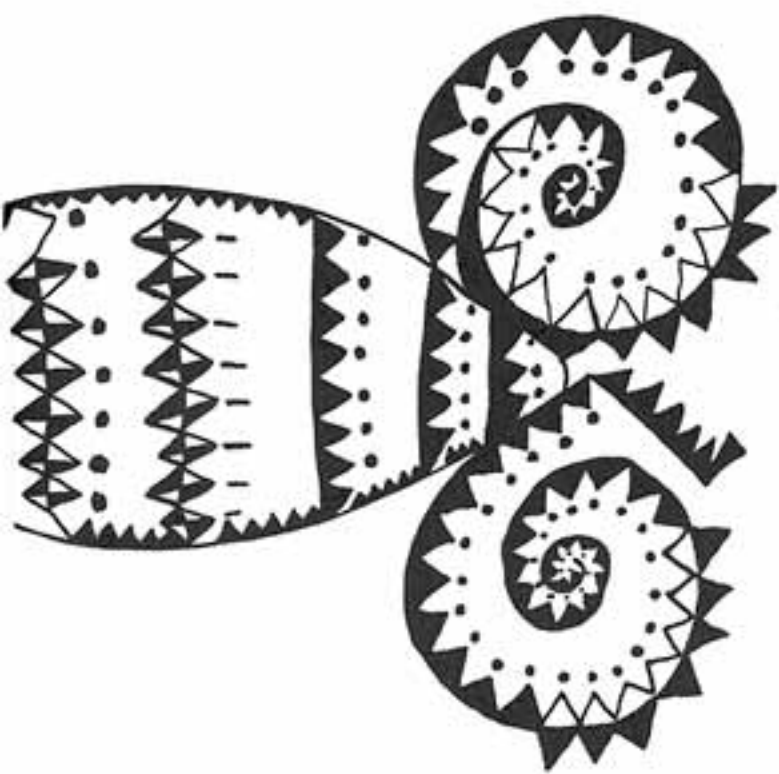


cesario recorrer un largo y serpenteante camino entre grandes llanuras que en esta época del año estaban prodigiosamente verdes debido al clima húmedo y lluvioso que prevalecía en Santa Cruz. Al fondo servían de escenario elevados promontorios de roca que sugerían la milenaria presencia de los montes.

Pronto me adapté a la vida tranquila y monótona del pueblo. Esto sirvió para calmar mi convulsionado espíritu y para tratar de poner las cosas en orden. Sin embargo, una fuerte melancolía me había invadido. Aunque me sentía triste, gozaba con ello pues me daba cuenta de que mi sensibilidad hacia la vida no se había perdido. En cierta forma persistía la confusión, pero la seguridad de descubrir algo mejor dentro de mí, me alentaba constantemente. De todas maneras, yo no tenía ninguna prisa por volver a la ciudad, ya que podía disponer de todo el tiempo que quisiera.

Casi a diario bajaba al pueblo una o dos veces con el fin de hacer algunas compras y de satisfacer mi curiosidad. En ocasiones pernoctaba en un peque-





F°R/L/° 02

ño café y aprovechaba estos momentos para charlar con la gente.

Como resultado de estas experiencias, cada vez me fui sintiendo más a gusto en Santa Cruz. Caminar se convirtió en mi entretenimiento favorito. Gozaba haciendo largas caminatas por las pequeñas playas, deteniéndome de cuando en cuando entre los riscos, donde me sentaba y me ponía a meditar. Podía pasarme largas horas entre el mar y los riscos. Un algo de sueños y recuerdos marinos se agitaban en mi pecho cada vez que contemplaba el mar. Sentía que una voz interna muy fuerte me llamaba poderosamente para que fuera a llenarme de marismas y de vientos.

Me gustaba mucho también hacer estas caminatas por las partes altas de Santa Cruz, subiendo y bajando por pequeñas colinas y llenándome del ambiente fresco y verde del lugar. Cuando me sentía cansado regresaba a casa y me ponía a leer. Por las noches miraba el cielo y me entretenía contando las estrellas hasta quedarme dormido. Nunca antes llegué a ver tantas estre-

llas, ni un cielo tan hermoso como el de este lugar del sur.

Todo el ambiente formaba una unidad colmada de símbolos y de vida y al alcance de cualquiera que solamente pudiera abrir sus sentidos.

Así pasó algún tiempo.

La primera vez que la vi, fue en el pueblo. Yo me encontraba tomando café en el lugar acostumbrado y ella pasaba por la calle. Era evidente que también se encontraba por un tiempo en Santa Cruz.

Me resultó difícil imaginarme de dónde era. Tenía un aire tan extraño que era imposible verla como una mujer común. Vestía toda de blanco. Su piel era clara y su pelo largo y de color castaño. Usaba lentes notoriamente transparentes. Sus rasgos faciales le daban un aire de lugares lejanos. Sus ojos, ligeramente rasgados, evocaban en ella misterios orientales. Su cuerpo grácil y su andar ligero y extraño tenían una armonía única. A pesar de que parecía una mujer fría y distante, tenía en su persona algo que sugería al mismo tiempo fragilidad, sensibilidad, sufrimiento y pasión.

Después de esta primera vez que la vi, empecé a sentir una fuerte necesidad de pasar más tiempo en el pueblo. Esto permitió que la encontrara nuevamente en varias ocasiones y en diferentes lugares. Su aspecto siempre reservado, me hizo pensar que no se había fijado en mí. Parecía como que para ella no existía nada ni nadie. Daba la impresión de que sus pensamientos y sentimientos estaban muy lejos. En cambio, yo empecé a notar que cada vez pensaba más en ella y al mismo tiempo experimentaba un fuerte deseo por conocerla. De esta manera pasaron varios días.

En una ocasión en que me encontraba en el café, ensimismado, leyendo mi correspondencia, mi sorpresa fue mayúscula cuando la vi entrar. Casi no lo podía creer. Ella en persona. Ella en

toda su magia y misterio. Ella con su extraña belleza.

Se sentó ante una mesa y pidió café y ron, la bebida favorita de los pescadores de Santa Cruz. Lucía un tanto nerviosa y agitada. Sacó un cigarrillo y se lo llevó a la boca, sin embargo, no encontró con qué encenderlo, cosa que obviamente la contrarió. Esta fue la mejor oportunidad para acercarme a ella y hacerle plática. Le encendí el cigarrillo recibiendo a cambio una mirada muy curiosa y un "GRACIAS", que sonó a canción.

¿Me permite sentarme con usted?, inquirí, mientras hacía el movimiento para colocar una silla.

—Por supuesto —respondió.

—Me llamo Guillermo.

—Mi nombre es Lila.

—Es un nombre poco común y hermoso y se lleva bien con usted.

—Oh, muchas gracias. Es usted muy gentil.

No me había equivocado. Ahora confirmaba que ella era como la ima-

giné desde la primera vez que la vi. Sus lentes constituían una barrera de frialdad, casi impenetrable, pero que en algunos momentos dejaba un camino abierto que permitía llegar hasta lo más íntimo de ella, pudiendo apreciarse una gran sensibilidad matizada por algunas decepciones y fracasos ante la vida. Así mismo, sus lentes, que le daban una fachada de frialdad y desinterés ante lo que la rodeaba, ocultaban una enorme pasión. De inmediato me figuré que era como una campana del más fino cristal, fácil de romperse, pero que sabiendo tañerla, emitiría sonidos muy hermosos.

Por su aspecto resultaba difícil determinar su edad. Aunque irradiaba juventud, también se sentía en ella una nostalgia formada por muchos años de sufrir y callar. Una nostalgia que contenía muchas tardes de soledad y muchas noches de insomnio. Búsquedas constantes, ayunas de logros.

Por otro lado, este primer encuentro me desconcertó. Tuve la impre-



sión de que por momentos estábamos muy próximos el uno al otro, identificados en nuestras inquietudes; pero también hubo momentos en que un abismo nos separaba, no habiendo voluntad en ninguno de los dos para reducirlo.

Lila y yo nos seguíamos viendo. Algo había que nos hacía buscarnos; no siempre fueron gratas nuestras reuniones y en ocasiones llegaron a ser muy decepcionantes. Sin embargo, no cedíamos.

Por lo pequeño del pueblo y las pocas cosas que se podían hacer, fácilmente nuestros horarios se adaptaron, encontrándonos frecuentemente en el mercado, en la plaza principal, en el café, en el embarcadero, en la playa. Casualmente su casa se encontraba situada en la misma zona que la mía, lo cual daba motivo para que al final de todas nuestras actividades camináramos juntos por el largo y serpenteante camino que conducía hasta ellas. La casa de Lila estaba antes que la mía, por lo que siempre hacíamos un alto para despedirnos y después continuar cada quien por su lado.

Nunca fui a su casa y en cierta forma los obstáculos que ella me ponía para evitar que me metiera en su mundo aumentaban el misterio que la rodeaba, pues debido a esto la fui conociendo —creo—, más por lo que yo suponía y fantaseaba en torno a ella que por lo que realmente me permitía ver. Lila era muy hermética.

Sutil y lentamente, ella fue entrando en mi vida, aunque a veces me desalentaba mucho lo infructuoso de nuestras relaciones. Predominaba en mí el temor a caer en un enredo emocional muy serio, por lo que siempre estaba dispuesto a convencerme rápidamente de que ésta era una simple relación amistosa y nada más. No obstante, había momentos en que me sorprendía a mí mismo haciendo largas evocaciones sobre su persona.

Me di cuenta de que todo empezaba a resultar más significativo para mí, a partir de que conocí a Lila. Para nombrar el campo, el cielo, el viento, la lluvia, bastaba con que repitiera su nombre y como por encanto todo acre-



centaba su belleza. Por las noches me sentaba en el quicio de la puerta de la casa y pasaba largas horas mirando el cielo, buscando entre las estrellas las que formaban el nombre de Lila.

Un día me desperté contrariado y molesto. Me quedé en la cama más tiempo del que acostumbraba y me di cuenta de que mi malestar se debía a que estaba formando una quimera en torno a Lila. La estaba idealizando y lo que imaginaba con relación a los dos era más de lo que realmente existía. Me estaba metiendo en un conflicto y pensaba que de esta manera el propósito de mi viaje a Santa Cruz se iba a perder y como resultado, yo iba peor que como había venido.

Decidí terminar mi relación con Lila. A partir de ese día sólo bajaba una vez al pueblo y a hora muy temprana. Compraba lo necesario y regresaba a mi casa donde pasaba el resto del día. Al principio me asediaba violentamente el recuerdo de Lila, pero a medida que pasaba el tiempo me iba acostumbrando a estar sin ella, al punto de que casi la olvidé. Volví a estar tranquilo y en paz.

Pasó el tiempo.

Una mañana, en pleno corazón del otoño; una mañana húmeda, clara, con el cielo cuajado de nubes frescas, el campo más verde que nunca y el pueblo de pescadores reluciente en su blancura y apacible en su tranquilidad. Una

mañana que como ninguna invitaba a tomar café y ron, yo me encontra-



ba escribiendo en mi mesa de trabajo junto a la ventana y desde ahí dominaba el paisaje.

De pronto me sorprendió ver a alguien que subía lentamente por la colina, rumbo a mi casa. Era una mujer, era Lila. El corazón me empezó a latir más apresuradamente que nunca, y como en los momentos en que una gran emoción me invadía, empecé a respirar con dificultad. Suéter blanco, pantalón azul marino y botas formaban su atuendo. Esta vez venía sin lentes y con el cabello suelto, lo cual le daba mayor naturalidad a su rostro. Su andar era

pausado, destacando más su figura delicada. Tenía un aire triste. La contemplé larga, largamente. Algo me impulsó a verla como si nunca lo hubiera hecho y a retener su imagen, su presencia en el corazón palpitante del otoño. Ella llenaba el campo de una manera muy especial, investía de magia a todo lo que la rodeaba.

Esta imagen intensísima se iba a repetir muchas veces a partir de ahora. Lila estaba en el corazón del otoño, ahí habitaba, ahí tomaba significado. Ella creaba el otoño. Ella era el otoño.

Llegó hasta la casa, recargándose en la base de la ventana. Por primera vez la veía tal como era. Cercana, cálida, la emoción a flor de piel y la nostalgia envolviéndola toda. Se veía cansada y sin ánimo de luchar. Tampoco deseaba discutir. Sólo diría cosas muy profundas. Parecía que había hecho un esfuerzo muy grande para decidirse a venir, pero al fin estaba aquí.

Antes de que ella dijera algo, yo ya estaba perplejo. Después de un prolongado silencio y sin que hubiera tensión entre los dos —silencio que hizo que estuviéramos el uno tan cerca del otro como nunca lo habíamos estado— empezó a hablar.

—Es muy fácil marcharse y dejar que las ilusiones surjan para que se las lleve el viento —su lenguaje me resultaba extraño y sonaba a reproche.

—No sé a qué ilusiones te refieres —le respondí—, pero yo nunca he tratado de fomentarlas.

—Tú no entiendes, ni eres capaz de notar el sentimiento que puedes crear en otra persona —su voz era triste—. Tampoco percibes el sufrimiento al que puedes dar origen.

—Probablemente muchas cosas pasan desapercibidas para mí —le contesté, tratando de excusarme.

—Sí, probablemente... probablemente —dijo, y se quedó pensativa.



Continuamos hablando y diciéndonos todas aquellas cosas que sentíamos el uno por el otro. El sentimiento contenido en nosotros iba brotando cada vez con más fuerza.

Era extraño enfrentarse a aquel descubrimiento de un amor intenso, matizado por todo lo que nos rodeaba. Los dos habíamos dejado la iniciativa en manos del otro y sin embargo, ahora los dos queríamos compartir nuestra soledad y desbordar nuestros sentimientos de amor. ¡Qué cerca de nuestra intimidad habíamos llegado y cuánto nos necesitábamos el uno al otro!

A partir de ese momento el otoño se convirtió para nosotros en un caudal de sensaciones. Ya no era posible pensar en describir lo que veíamos y sentíamos. Tiempo y espacio dejaron de tener un significado lógico y pasaron a ser parte de nosotros mismos. Todo, absolutamente todo lo que nos rodeaba, nos invitaba a abrir nuestro ser y a

dejar que fluyeran libremente nuestras emociones. Éramos dos seres viviendo y amando intensamente al amparo de aquella impresionante naturaleza otoñal.

Lila prefería venir a mi casa, pues decía que la sentía muy acogedora. Solíamos tener la chimenea constantemente prendida, lo que hacía más agradable la casa. Desde temprano nos poníamos a leer o a escribir. Por la tarde nos sentábamos frente a la ventana a tomar café y ron y a contemplar el mar. En ocasiones platicábamos mucho sobre nosotros mismos; otras veces caíamos en profundos silencios impuestos por la majestuosidad del mar y del cielo.

Era necesario quedarnos callados y en profunda meditación para poder asimilar la belleza triste de aquellos colores que matizaban el horizonte. El crepúsculo nos conmovía hasta las lágrimas. Veíamos cómo el sol agonizante se hundía en el mar creando un para-

dójico incendio frío. Mientras el sol caía, las nubes y el mar creaban una eterna sinfonía de colores cuyo efecto era impresionante, debido a que la única luz dentro de la casa era la que despedía el fuego de la chimenea, produciendo un contraste extraño.

A pesar de que nos quedábamos sin palabras, entre Lila y yo se establecía una corriente de sentimientos que nos unía cada vez más. Es imposible decir cómo dos personas, en un silencio tan solemne, pueden llegar a tal proximidad. Por otro lado, nos necesitábamos mucho el uno al otro y esta necesidad

nos llevó a hacernos el amor. ¡Cuántas veces nos hicimos el amor!

Nuestra pasión parecía no conocer límites. Siempre terminábamos amándonos junto al fuego de la chimenea y teniendo como fondo, a través de la ventana, el cielo estrellado.

La penumbra de la casa, invadida por los demonios del fuego de la chimenea, y el calor que encerraba, hacían más grande nuestra intimidad.

Era tanta nuestra necesidad, nuestra pasión, y nuestra armonía, que cuando nos hacíamos el amor, nuestros cuerpos parecían cuerdas de una lira que tañían simultáneamente en perfecta ejecución.

La belleza de Lila era virginal y evocaba misterios muy remotos. Amarla con la pasión con que yo la amé y en medio de ese otoño de las costas del sur, me hacía pensar que era acercarme a los límites de la locura. Toda la soledad, el abandono, la confusión y los pesares que me abatían cuando llegué a Santa Cruz, con ella desaparecieron. Tuve la sensación de que en mí brotaba un ser nuevo, con una pasión arrolladora y un deseo de vivir muy

grande. Sobre todo descubría que por primera vez tenía una verdadera razón por la cual vivir: Lila.

Tenía también un temor; en el fondo de mí se ocultaba un sentimiento de duda en cuanto a que esta realidad pudiera ser permanente. Pensaba mucho en mi condición de hombre de ciudad y dudaba de mi fortaleza para poder soportar la intensidad del otoño en Santa Cruz.

Día a día el otoño se iba transformando más y más en Lila; los árboles y la lluvia, el mar agreste, las nubes plomizas, los crepúsculos, los pescadores de Santa Cruz, las colinas, todo.

Con estas vivencias pasaron interminables, largos días.

Una mañana desperté muy inquieto. Me fui a preparar café, pues el frío se había incrementado notablemente. Mi inquietud no terminaba, me hacía mucha falta Lila, y constantemente me asomaba a la ventana para verla llegar. El tiempo transcurría y Lila no llegaba.

Realmente esperé en vano.

Caminé hasta su casa para llamarla y la casa estaba deshabitada. Angustiado bajé al pueblo a buscarla, pero nadie supo darme razón de ella. Esperé y esperé y Lila nunca llegó. Desapareció misteriosamente, como había llegado. Poco a poco me fui resignando. El frío cada vez más intenso, me hizo sentir muy triste.

Decidí marcharme de Santa Cruz, empaqué mi equipaje y en una mañana fría tomé el tren que me llevaría de vuelta a la ciudad.

La nieve empezaba a caer. Su presencia era un claro indicio de que el invierno comenzaba. Había terminado el otoño. Lila era el corazón del otoño y al marcharse se lo había llevado. Lila era el otoño.

Después de todo, de una cosa estoy seguro; para mí nunca volverán a haber más otoños ☉



Brújula



y más...

© UNA HISTORIA NECESARIA



Fue publicado el primer volumen de la *Historia de la literatura mexicana* que coeditan Editorial Siglo XXI y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El proyecto es publicar seis tomos: el primero y el segundo corresponden al siglo XVI; el tercero habla del siglo XVII; el cuarto versa sobre el siglo XVIII; el quinto sobre el siglo XIX y el sexto (que probablemente abarcará más de un tomo) habla del siglo XX.

Se trata de un esfuerzo de gran envergadura, que reúne trabajos e ideas tanto de investigadores del Colegio de México como de nuestra universidad y aún de otras instituciones educativas nacionales y extranjeras.

La coordinadora del proyecto, Beatriz Garza Cuarón, apunta que "no existe una historia crítica actual que plantee nuevos problemas, nuevas perspectivas de investigación y que sintetice los conocimientos y datos con los que contamos hasta ahora". En este sentido, la obra "pretende ser una expresión del estado actual de las investigaciones en este campo", expresión necesaria si pensamos que la historia de la literatura en México no ha sido objeto de un trabajo de esta envergadura desde la labor de Carlos González Peña, quien publicó en 1928 su *Historia de la literatura mexicana* o, con el mismo título y año, la obra de Julio Jiménez Rueda.

El tomo que nos ocupa, donde podemos ver los nombres de investigadores reconocidos como Miguel León Portilla, Margarita Peña, Georges Baudot, José G. Moreno de Alba, Jacques Soustelle y Othón Arróniz, entre otros, está dedicado a las literaturas prehispánicas y a la literatura escrita en español del siglo XVI. Y encontramos allí desde un examen de las lenguas, los cantos, la narrativa oral y



escrita de Mesoamérica, antes de la llegada de los españoles, hasta el análisis del teatro, la poesía y la prosa novohispanas, así como el estudio de las crónicas de la conquista.

Como puede verse, se trata de una gran tarea asumida por un cuerpo de investigadores. Una tarea necesaria para comprender la literatura de nuestro país y en nuestro tiempo.

© FILOSOFÍA Y CIRCUNSTANCIAS

El Dr. Adolfo Sánchez Vázquez (Algeciras, Cádiz, 1915) es uno de los filósofos más importantes en el México contemporáneo. Apreciado tanto por sus lectores como por sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ha mantenido una línea de pensamiento crítica, lúcida y activa durante varias décadas.

El libro que ahora nos ocupa, recopilación de artículos dispersos en publicaciones periódicas o en libros, examina a la filosofía desde distintos puntos de vista. Por una parte diserta sobre la labor del filósofo: la utilidad social de sus conocimientos, el sentido de su tarea docente. Por otra profundiza en la filosofía de nuestro tiempo, analiza la ideología, se pregunta "¿Qué hacer, pues, con la filosofía?"

El libro incluye también varias sucintas historias de la filosofía. Una, la que va de Kant a Marx. Otra, que dibuja los acontecimientos más recientes en la filosofía contemporánea. Otra más, que describe el proceso histórico de la filosofía en nuestro país en el presente siglo, desde la generación del Ateneo hasta la filosofía analítica y el más reciente marxismo.

Además, la última parte del libro nos acerca a la vida, la obra y el pensamiento de filósofos como Carlos Pereyra, Leopoldo Zea, Eduardo Nicol, Juliana González y Alejandro Rossi. No en vano Sánchez Vázquez los ha conocido de cerca: no sólo los ha leído, también los ha escuchado.

Filosofía y circunstancias es un libro con una gran variedad de temas. Fue escrito con un lenguaje rico y claro. Las ideas que contie-

Beatriz García Cuarón et. al.
Historia de la literatura mexicana.

México, Siglo XXI Editores/
Facultad de Filosofía y
Letras de la UNAM (Tomo 1,
Las literaturas amerindias
de México y la literatura en
español del siglo XVI), 1996.



Adolfo Sánchez Vázquez,
Filosofía y circunstancias.
España, Anthropos Editorial/
Facultad de Filosofía y Letras
UNAM (Col. Pensamiento
crítico-Pensamiento
utópico, 96), 1997.

ne nos comunican el pensamiento profundo que las anima. "Filosofar –opina Sánchez Vázquez– significa cierta relación con un mundo que no nos satisface y, con ella, la aspiración, el ideal o la utopía de su transformación".

☉ AÑO NUEVO, DANZA NUEVA



Flamenco
(tres grandes bailaores)
Graniceros
de Pilar Urrieta
Lecciones de Lilith
de Dolores Mendoza

El Departamento de Danza de la UNAM estará muy activo al comienzo de este año. En la Sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario se presentarán tres de los mejores bailaores de flamenco de los que tenemos noticia: Gabriel Blanco (enero 23, 24 y 25), María Elena Anaya (enero 30, 31 y Febrero 1º) y Patricia Linares (Febrero 6, 7 y 8). Las funciones comienzan a las 20 hs. los viernes, a las 19 hs. los sábados y a las 18 hs. los domingos.

En el mismo recinto podremos ver la obra *Graniceros*, de Pilar Urrieta, de jueves a domingo a partir del 12 de febrero, y hasta el 1º de marzo. Las funciones serán jueves y viernes a las 20 hs., sábados a las 19 hs. y domingos a las 18 hs.

Por su parte, Dolores Mendoza nos ofrece allí mismo *Lecciones de Lilith*, los sábados y domingos a las 13 hs. a partir del 7 de febrero y hasta el 1º de marzo.

Hay danza además en la Casa del Lago y en el Museo Universitario del Chopo. Buenos meses para la danza mexicana y para sus ágiles espectadores. [Informes en los teléfonos 6226203 y 6226209]

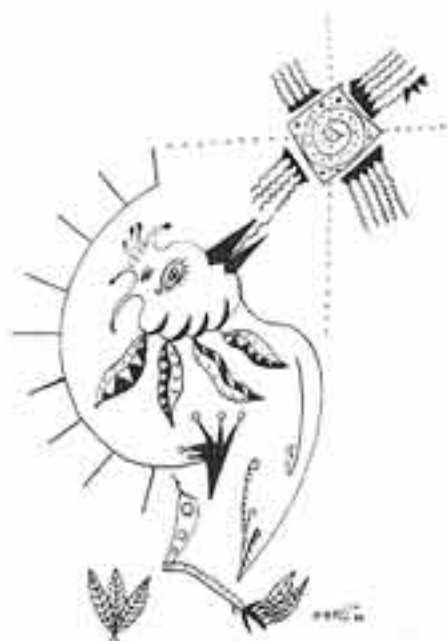
☉ CURSOS Y RECURSOS

Por otra parte, en la Casa Universitaria del Libro se han organizado cursos como los siguientes:

Curso para libreros, impartido por Klaus Thiele, del 27 de enero al 19 de febrero, los martes y jueves de 18 a 20 hs.

El oficio de editor, impartido por Martí Soler, del 26 de enero al 16 de febrero, los lunes de 18 a 20 hs.

Taller de fotografía, coordinado por Patricia Velázquez, del 4 al 27 de febrero, los miércoles y viernes de 17:30 a 19:30 hs.



© UN PAR DE BUENAS NOTICIAS

Boris Berenzon, colaborador en el número 104 de Punto **de partida** en el rubro de ensayo, obtuvo en noviembre pasado la Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos 1997, en el área de Docencia en Humanidades. Merecido reconocimiento para un estudiante de doctorado en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, que aúna a su talento como alumno su talento como docente.

¡Enhorabuena, Boris!

Erick Beltrán, colaborador en el número 105 de Punto **de partida** en el rubro de ilustración, obtuvo en diciembre pasado la medalla de plata de la Trienal de Osaka, Japón, en la rama de grabado. Erick acaba de concluir su licenciatura en Artes Visuales en la ENAP, y ha obtenido ya varios premios.

¡Enhorabuena, Erick!



*¿Estudias en
la Universidad?*

¿Te gustan el cine, la música, los libros, la pintura, la escultura, el internet, el teatro, la danza y la cultura en general? ¿Te gustaría escribir sobre ello? Comunícate con nosotros. Esta es la revista en la que puedes dar a conocer tu opinión sobre esos temas, compartir tus ideas con numerosos lectores. **La puerta está abierta en esta casa de la literatura.**

DANZA
OCTUBRE-DICIEMBRE

pase individual

para funciones organizadas por el
Departamento de Danza

(Excepto funciones especiales o estrenos)
Canjear en taquilla, treinta minutos antes de la función
Válido de enero-febrero
Informes: Departamento de Danza
622 62 03 622 62 09



CORTE AQUI